



LA DEFENSA  
DE LA  
SOCIEDAD

5





R  
def  
0050

~~R 50~~







21 ABR 2005

R. 2489

# LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD

REVISTA DE INTERESES PERMANENTES Y FUNDAMENTALES

CONTRA

LAS DOCTRINAS Y TENDENCIAS DE LA INTERNACIONAL

AJENA POR COMPLETO Á TODO PARTIDO POLÍTICO

RELIGION—FAMILIA—PATRIA

TRABAJO Y PROPIEDAD

Fundador: D. Juan Bravo Murillo

## COLABORADORES

Aguirre de Tejada (D. Manuel).	Cucto (D. Leopoldo Augusto de).	Molina (marques de).
Aguirre de Tejada (D. Patricio).	Culanda (D. Francisco).	Moreno Nieto (D. José)
Alonso Martínez (D. Manuel).	Escobar (D. Ignacio José).	Moret y Prendergast (D. Seg.º)
Arenal (Doña Concepcion).	Estéban Colantes (D. Agustín).	Navarro Villoslada (D. Francisco)
Armengol y Cornet (O. Pedro).	Estéban Colantes (D. Saturnino).	Nocedal (D. Cándido).
Arazola (D. Federico).	Fernan Caballero	Olivan (D. Alejandro).
Barca (D. Francisco).	Fernandez Guerra (D. Arreliano)	Palares (conde de)
Barcautes (D. Vicente).	Ferran (D. Ignacio María de).	Faz (D. AbJon de)
Borzasillana (marques de).	Fen (D. José Leopoldo).	Perez Hernandez (D. Enrique).
Beduar (marques de).	Figueras (D. Fernán).	Pidal (D. Alejandro).
Benavides (D. Antonio).	Gaifudo y de Vera (O. Leon).	Pidal (marques de).
Caballero (D. Fernán).	García Burzasillana (D. José).	Ponion (vizconde de).
Caminero (D. Francisco).	Godoy Alcántara (D. José).	Puente Apcechea (D. Fernán).
Camposamor (D. Ramon).	Gonzalez (P. Zefirino).	Rodriguez Vaamonde (D. Flor.º)
Cánovas del Castillo (D. Antonio)	Guerola (D. Antonio.)	Rodriguez (D. Gabriel).
Cañete (D. Manuel).	H. ritzenbusch (D. Juan Eugenio)	Ruiz de Salazar (D. Emilio).
Cárdenas (D. Francisco).	Hurtado (D. Nicolás).	Saavedra (D. Eduardo).
Cárdenas (D. Juan).	Jove y Hevia (D. Plácido).	Sanz (D. Miguel).
Carramolino (D. Juan Martín).	Llobregat (conde de).	Selgas (D. José).
Cervino (D. Joaquín José).	Llorente (D. Alejandro).	Tamayo y Baus (D. Manuel).
Cozío y Quesada (D. Diego).	Lopez Borreguero (D. Amaro).	Torero (conde de).
Colmeiro (D. Manuel).	Lopez Martínez (D. Miguel).	Valera (D. Juan).
Corradi (D. Fernando).	Maldonado y Macanar (D. Joaqu.)	Vega de Armijo (marques de la)
Cos-Gayon (D. Fernando).	Meñé y Flaquer (D. Juan).	Vilanova (D. Juan.)
Cuesta (D. Justo Palayo).	Mena (D. Juan Cancio).	Vinader (D. Ramon)

Director: D. Carlos Maria Perier.

TOMO V

MADRID

IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO  
calle del Cid, núm. 4 (Recolecto)

1874



## SECCION DOCTRINAL (1)

INTRODUCCION AL TOMO QUINTO

DE

LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD

CONSIDERACIONES SOBRE EL TRABAJO Y EL PROLETARIADO

## I

Si en épocas, en que la commocion de los espíritus hiciera á menudo palidecer y enturbiarse la viveza del comun sentido, en que las pasiones enardecidas y las exaltadas imaginaciones apartasen á muchos del modesto empleo de sus fuerzas productoras, raíz de su felicidad y honor de su existencia, hubiera de buscarse una materia, que á su grande importancia teórica agregase la trascendencia de sus aplicaciones prácticas, á su interés histórico, su interés de actualidad ¿cuál elegiríamos?... Sin duda la *organizacion del trabajo* y la *emancipacion del proletariado*, problemas siniestramente planteados en la edad presente, que sirven, por un lado como de palanca de perturbaciones para agitar á los Estados y las muchedumbres, y por otro de infausto augurio para llenar de susto y desconfianza al comun de las gentes de las actuales generaciones. He ahí porque vamos á ocuparnos en tan vital asunto, despues

(1) Con este número, primero del año tercero y del tomo quinto de nuestra publicacion, damos tambien á nuestros lectores doce páginas de extraordinario, además de la tirada gratis de «La Hoja Popular.»

de haber hablado de las bases fundamentales de la sociedad al frente del primer tomo de esta revista, del socialismo en el ingreso del segundo, del orgullo científico, origen de las humanas rebeliones, como intruducción al tercero, y de la democracia cristiana en el comienzo del cuarto.

Grandes dias de luto han dado ya en Francia y España esos problemas funestos, que van dejando la negra huella del incendio ó el rojo y copioso rastro de la sangre, por doquiera que los presenta el violento y alevoso espíritu demagógico; espíritu aciago, que con rencorosa y pertinaz frecuencia grita, lucha y hiere, y, vencedor ó vencido, deja en el campo de sus combates como trofeo, ruinas y escombros, clamor de las víctimas y execración de la humanidad

«Luchar sin tregua por preservar á la sociedad de tales horrores (decíamos dos años hace, al escribir la intruducción y programa de nuestros periódicos trabajos) (1); señalar á tiempo todos los medios que deban emplearse para lograrlo; afirmar en los ánimos conturbados el convencimiento de los principios y doctrinas que cimentan la humana sociedad; mantener la serenidad del juicio en los espíritus rectos; defender los olvidados fueros de la ciencia verdadera, del común sentido y de la sana moral, y descubrir y combatir con enérgica entereza los desastrosos errores, que con tal procacidad y á los cuatro vientos se siembran por el mundo, para recoger larga cosecha de luto y desolacion, es el objeto y el fin de nuestra Revista.»

Y cumpliendo aquel propósito, que la esperiencia de cada dia hace mas necesario; fuerza es arrostrar, si bien con flacas fuerzas, no con ánimo irresoluto ni desconfiado las árduas cuestiones, que en sí encierran la lucha de presente y la suerte del porvenir.

---

(1) Véase el núm. 1.º de esta Revista (1.º de Abril de 1872) página 4.º

«Si se envenena y pervierte el trabajo, decíamos entonces también, con la rebelion del orgullo y la envidia, y la enemistad insensata al capital y la riqueza, preciso es deshacer ese error funesto, inspirado por la malicia y aceptado por la ignorancia; recordando, que riqueza y capital representan el trabajo acumulado, que sin ellos no hay trabajo nuevo para emplear provechosamente la actividad humana, y producir la suma necesaria y creciente de subsistencias para la *creciente* poblacion de la tierra, y que, estirpadas las onerosas trabas ó viciosos privilegios, que en época ó pueblo dado existieran, ó por ventura existan, todo trabajador inteligente, honrado y perseverante, llega siempre á ser propietario; á ménos que lo estorbe la enfermedad ó la muerte, que lo mismo visitan su taller y choza, que el alcázar y el palacio, y lo mismo truncan sus modestos sueños de color de rosa, que las doradas esperanzas del capitalista y el magnate.»

No en tal sentido háblase á las muchedumbres que se trata de extraviar, ni á las jóvenes inteligencias que se procura seducir y corromper.

El trabajo (bueno será no olvidarlo) es la alegría del mundo; por que es la actividad, el ejercicio de las facultades: la actividad es la vida; la quietud, la imágen del sepulcro: el ejercicio de las facultades causa placer; y la providencia ha puesto tal sentimiento como estímulo para que las facultades se ejerciten. Como la ley de atraccion y gravedad impera en las *masas*, la ley de la actividad, del ejercicio de las facultades, impera en las *organizaciones*.

Imaginad un mundo parado; es la tristeza, la muerte. Contemplad un mundo en actividad, en provechoso y ordenado movimiento; es la animacion, la alegría, la risa del universo.

El hombre, ser libre y moral, puede producir el mal y el bien, lo acertado y lo falso, lo justo y lo injusto. En eso

consiste cabalmente su dignidad. Y usando de esa libertad, mata ó suspende en sí algunas veces la actividad, y entrégase á la inaccion. Entónces se rebaja hasta *el vegetal*, casi hasta *la piedra*.

Mas el trabajo, para ser la alegría y la vida, debe estar proporcionado á las facultades del hombre, como el esfuerzo de las atracciones proporcionado á las masas de los astros en el firmamento. Si en él hay exceso, la organizacion que lo sufre, se deteriora y destruye, como si de un caudal productivo se consumiera toda la renta, y se gastase ademas una parte del capital que la rinde, el cual se empobrecería en creciente progreso hasta extinguirse. Si el trabajo es menguado, desperdicianse fuerzas, se da un paso hácia la inaccion, se contraria en parte la ley de la Providencia, y déjase improductiva una porcion del tesoro, que esa Providencia entregó á cada hombre.

La holganza completa ó el trabajo indolente, son debidos á la pereza, la degradacion moral, el mal empleo de la libertad del hombre.

El trabajo excesivo y ruinoso lo causan, la ciega codicia del que trabaja, ó el avariento despotismo del que le manda trabajar.

El trabajo provechoso, proporcionado, en armonía con las facultades, lo producen los estímulos instintivos de la naturaleza, el amor de la conservacion propia y de la de otros séres queridos, el aliento de la emulacion y de la concurrencia, la nobleza de los fines y mision de la vida del hombre.

El trabajo, es pues, la *alegría*, la *prosperidad*; la holganza, el *tedio*, el *vicio*, la *ruina*. Nadie ha comprado un placer íntimo y verdadero, sino á precio de un trabajo de cualquiera clase.

Pero aparte estas primordiales consideraciones, directamente nacidas de la naturaleza del hombre, hay otras, que á la vez se refieren á la vida colectiva ó social.

II

La cuestion, que en forma económica se ha presentado en Europa á la solucion, no de los sabios por medio de la meditacion y el estudio, sino de las muchedumbres, sobreexcitadas por una especie de astutos cortesanos de la fuerza, es materia de trascendencia suma para las presentes y futuras generaciones. Y acontece hoy que con terrible rapidez se precipitan y condensan las cuestiones sociales; porque el vapor dando alas á la materia, y la imprenta y electricidad dándolas al pensamiento, hacen que al anuncio de una humana aspiracion se conviertan ansiosos los ánimos de los necesitados ó de los inquietos, y se acumule en un mismo problema, ó en la espresion de un mismo deseo una gran parte de la fuerza indefinida, de que está virtualmente dotada la accion de los hombres por su voluntad é inteligencia.

Esto sucede con la cuestion, llamada *organizacion del trabajo, relaciones entre el trabajo y el capital, emancipacion del proletariado*.

¿Qué significa en el dia esa cuestion, que ha ido agigantándose al soplo de las humanas pasiones? Significa á nuestro ver lo siguiente.

Es congénita en el hombre, como hemos visto, la ley del trabajo, con sublime sencillez expresada en el Génesis: «ganarás el pan con el sudor de tu frente.» Ya desde el primer hombre aparece la ley del dolor y el sufrimiento unida á la satisfaccion placentera de las primeras necesidades. Y esta nocion primitiva del texto sagrado y la manera de formar Dios al primer *hombre*, debió como otras de esparcirse entre los habitantes de la tierra, cuando en falsas religiones se nota, perdido en la oscuridad de los tiempos y el trastorno de las vicisitudes humanas el hilo de las tradiciones, un poético recuerdo de la narracion

genesíaca. Themistio cita la ingeniosa y delicada fábula de Esopo, fundada en la mitología pagana: «Prometeo tomó fuego del cielo para inspirarlo en el hombre y animarle, despues de haber *derramado lágrimas*, para *amasar* el polvo de que formó su cuerpo.»

Esa ley de universal sentido la repite la humanidad por todos los climas y en todos los idiomas. Y para cumplirla, no sólo suda la frente del bracero; sino la del empresario, que ha de dar direccion y empleo á sus fuerzas combinadas; la del propietario que ha de dotar del necesario régimen y administracion á los propios bienes, so pena de hacerlos improductivos, y arruinarse y arruinar á los que de sus múltiples productos viven; la del filósofo, que investiga las causas y relaciones del mundo y de la humanidad, creados por la omnipotencia de Dios; la del estadista, que se ocupa en el gobierno de las naciones; la del moralista y el sacerdote, que afanosamente predicán y enseñan el bien y la justicia; la del profesor científico, que procediendo de los primeros principios á los ulteriores, construye una de las ramas del conocimiento humano, hasta llegar al límite en que la teoría de la ciencia confina con la aplicacion del arte; la del profesor artista de las nobles artes, hijas del buen gusto ó del sentimiento de lo bello, destinado en su recto sentido á levantar el espíritu á elevadas regiones por encima de los materiales contentamientos; la del artesano, el industrial y el comerciante, que se emplean en las artes mecánicas, compañeras de la vida práctica, en el ordinario socorro de nuestras constantes necesidades y en el transporte de materias y productos para verificar ese socorro, aproximando á cada necesidad el elemento de la humana industria ó de la próspera naturaleza, que ha de satisfacerla; y que aplican todos, ya empírica ó ya racionalmente, los principios de la ciencia á las producciones de las artes, y de toda clase de actividad de los hombres.

Todo lo dicho es trabajo, y como todo ello en la vida y la sociedad, puede bien decirse que el trabajo es la base de la vida de la sociedad.

De todos esos trabajos no trataremos ahora, sino del trabajo material principalmente, trabajo importante, esencial en la vida de las naciones y de los individuos; pero no el único, por el cual se cumple la ley fundamental suprema que rige á la humanidad en la tierra, ley divina, que si llega en la fecundidad del orden á cumplirse, ha de ser cabalmente por la division y repartimiento de los indicados trabajos, segun las diversas vocaciones y aptitudes de cada individuo.

Cómo de ese trabajo asídúo nace el producto sobrante, que se llama ahorro; y del ahorro acumulado, el capital; y del capital, la propiedad que viene á confundirse con él; todos lo saben, y no debemos detenernos á explicarlo. Mas puede aquí añadirse, que del trabajo honrado, inteligente y previsor nacen dos ahorros, el ahorro del pasado, que en sí comprende y representa la *moneda*; el ahorro del porvenir, que es el *crédito*. Cada molécula de oro de las que componen una moneda que llega á nuestras manos, viene á ser como una gota de sudor de nuestros antepasados, cristalizada en los senos de la sociedad; llámense estos arca del Tesoro público, caja del banquero, ó gabeta del heredero sobreviviente. Cada fibra del papel de un billete de cambio, ó de un pagaré de descuento, representa la gota de sudor futuro, que ha de dar el producto sobrante para verificar el pago ó compensacion de aquello, que se recibe por adelantado. Molécula de duro metal y fibra de lijero papel, recuerdan con alguna analogía la relacion que hay entre el ahorro positivo, que ya se hizo, y el ahorro probable, y algo eventual siempre, que ha de hacerse en lo porvenir.

Ese trabajo material, lo repetimos, no puede vivir sólo: para que llene su mision de dar subsistencias y desarrollo

á la humanidad, ha menester hallarse unido y en correspondencia con el trabajo intelectual á toda hora. Mas prescindiendo por un momento de esta armonía necesaria, que no es el objeto especial del presente escrito, veamos qué relaciones hay ó debe haber entre el capital y el trabajo y entre las personas que al uno y al otro representan; que tal es en verdad el estudio que consigo lleva la cuestión llamada *organizacion del trabajo, emancipacion del proletariado*. El capital sin el trabajo yace estéril. El trabajo sin el capital queda impotente. El uno, pues, ha menester del otro.

### III

Distintas fueron las relaciones entre el capital y el trabajo en la edad antigua de las que regian en la Edad media y de las más diferentes todavía que en la moderna edad existen.

En la edad antigua el vínculo de ambos fué la esclavitud, que aun hoy existe en reducido espacio y como excepcion moribunda y fugitiva. El hombre del trabajo era poco más, ó acaso lo mismo, que la bestia de carga ó el mecánico instrumento. Del derecho sobre los esclavos se trataba, al formar los códigos y los libros de los jurisconsultos, no en el lugar destinado á las *personas*, sino en aquel dedicado á las *cosas*. Todos los trabajos, ménos el de la guerra, el culto sacerdotal y el foro público, eran reputados en Grecia y Roma como viles y despreciables. Una antigua ley romana decia: «los ciudadanos no se dediquen á las sucias y sedentarias artes.» (1) Aun las artes liberales, la literatura y las ciencias de aplicacion, como la medicina, las ejercian de ordinario los esclavos libertos. Más atrás todavía, en la India y el Egipto, estaba dividida

---

(1) *Sordidas, seclulariasque artes civis ne faciunt*. Ley de las XII tablas, que se atribuye á Rómulo.

en castas la poblacion: los sacerdotes, los guerreros, los labradores y artesanos. Y no hablemos del resto de Asia, la Asiria, la Persia, la Media y la Bactriana, en donde el feroz carácter de la dominacion sobre el esclavo, que era el infeliz prisionero de sus continuas guerras, tomaba origen de aquel falso y execrable principio, que se extendió á todas las naciones, del *derecho de vida y muerte sobre los vencidos*. En los esclavos, como en los rebaños y animales de labor, ejerciase, hasta que la legislacion romana comenzó á suavizarlo, el dominio absoluto, el «derecho de usar y abusar,» *jus utendi atque abutendi*, definicion que de la propiedad sobre las *cosas* daban los jurisperitos. Y ¡tristeza causa decirlo! en los joyeros de las damas romanas, de las encumbradas patricias, figuraban *estiletos* ó punzones y como pequeñitos puñales, guarnecidos de oro, nácar y pedrería, para herir con ellos á las esclavas, que no acertaban á complacer con prontitud, ó servir con habilidad, á sus señoras. (1)

En los anales de la esclavitud se registra el horrible caso de haber colgado al cuello de un esclavo la cabeza de un buey, que se le acusaba de haber muerto, para que, corrompida bajo su aliento, aspirase la muerte del animal mismo, al que se suponía que él la habia dado; y esto que execrablemente se ha hecho en algun punto en los tiempos modernos, no fué sino imitacion de lo que hacia Mezencio en los antiguos. *Mortua quin etiam jungebat corpora vivis* (2).

Tal era el hombre del trabajo, tal su suerte, esa su dignidad, esos sus castigos. El capitalista era el señor; el trabajador, el esclavo; las relaciones entre capital y trabajo, una cadena de hierro y un duro látigo, símbolos del des-

---

(1) Véase la descripción de las costumbres de las patricias romanas, subsistentes todavía en la época de las catacumbas, que hace el cardenal Wiseman en su precioso libro titulado *Fabiola*.

(2) Véase Wallon, *De l'Esclavage*, Paris 1847, tom. I, pár. VIII.

potismo más despiadado. El comercio, salvo los cambios entre lugares vecinos, puédesse decir que lo hacía la guerra. El conquistador con sus secuaces, era una especie de comerciante al por mayor, en cuanto trasladaba en grandes cantidades las cosas de un lugar á otro lugar, é introducía de unas en otras regiones el conocimiento y goce de ellas.

Mas apareció el cristianismo: lució la moral del Evangelio: y luego que esta ley de amor subió á las cumbres del Capitólio y á los tronos de las naciones desde el misterioso subterráneo de las catacumbas y desde los circos ensangrentados, la esclavitud no pudo subsistir. Cambióse por lo pronto en la *servidumbre* de la Edad media. El esclavo convertido en *siervo de la gleba* tanto *significa*, como el *animal doméstico* ó *de labor*, hecho *hombre*, aunque todavía inferior á los de otras clases sociales. El esclavo era mercancía: no tenía patria, familia, ni hogar. El siervo *adscripto á la tierra* era agricultor, forzoso, es verdad, pero que tenía ya *hogar, familia y patria*. El comercio á grandes distancias lo ejercía el extranjero en las naciones europeas, es decir, el trashumante judío. Las industrias manufactureras estaban circunscritas á ciudades determinadas, como Milan, Damasco, Toledo. El capitalista del trabajador esclavo era el despótico señor. El capitalista del siervo agrícola era simplemente el *propietario*. El látigo y la cadena habian desaparecido como símbolo de las relaciones entre el capital y el trabajo. En su lugar se hallaba el *victus ratio*, el *caldero* y la *hogaza*, que eran por cierto símbolo de carácter y significacion bien diferentes. La familia se perpetuaba en el hogar. El abuelo veía en paz jugar á su alrededor á los nietecillos, y embellecer con su alegría el ocaso de su existencia; en vez de ver el padre y la madre arrancar de su lado á los hijos; para venderlos al mejor postor en la plaza pública, se-

gun los quilates de su viril robustez ó de su femenil belleza. Era un adelanto grande, verificado por influencia moral, por la influencia del cristianismo y de la Iglesia católica. Téngase muy en cuenta esta gran conquista, que sólo por medios morales fué acometida y alcanzada.

Sin embargo, ¿se creeria? en las Córtes españolas en discusion solemne sobre la Asociacion Internacional á fines del año de 1871 (1) repitióse con lamentable error y ligereza, segun es de costumbre, que la esclavitud fué protegida por el cristianismo, y que solo el individualismo personal de los pueblos góticos, trajo al occidente de Europa el sentimiento de libertad, que mató aquellas opresoras instituciones. Y es cabalmente lo contrario: el movimiento general de emancipacion, producido por el espíritu cristiano, se detuvo en la institucion de la servidumbre, que arraigó en campos y aldeas, por tres razones: una porque en las elaboraciones sociales, como en las de la naturaleza, nada sólido y estable, hácese por salto, sino *lenta y gradualmente*; otra, porque aquellos bárbaros del norte de Europa trajeron al occidente y mediodia el *feudalismo* para el cual era adecuada forma la *servidumbre*, y el cristianismo fué el que infiltrándose en sus costumbres y en sus instituciones, vino á producir, primero ese resultado, y despues una segunda elaboración social para convertir al siervo de la *gleba* en el hombre del *trabajo libre*; y finalmente, porque en el estado de continua guerra, propio de la descomposicion y repartimiento que del viejo y colosal imperio se verificaba, era necesario, á ejemplo de la India y del Egipto en otros tiempos, que á la creacion de una raza de guerreros, que el feudalismo de los godos produjo, y confirmó la lucha con los árabes, guerreros en quienes residia la nobleza y el poder político, correspon-

---

(1) Véase el discurso del Sr. Garrido (D. Fernando), tom. I, núm. 5.º, página 205 de esta Revista.

diera la formacion de otra raza, la raza de los labradores, encargada de producir modesta y asiduamente subsistencias para todos, y que para ello estuviese apartada de los combates y las querellas que agitaban á la capa superior de aquellas turbulentas sociedades, permaneciendo sumida en la oscuridad de un estado inferior, al que por desgracia tambien á veces llegaban las algaradas y devastaciones de los guerreros.

Y es de notar que así como el castillo feudal buscaba para su seguridad el difícil acceso á la fragosa cumbre ó á la empinada roca, pregonando desde allí guerra y desconfianza contra los señores vecinos ó los invasores de lejos, el monasterio cristiano fué por el contrario en lo general á buscar su asiento en la llanura, y á ponerse en contacto con los trabajadores y los pequeñuelos, que cultivaban las vegas y laderas. De ahí, que se estableciesen relaciones continuas entre los siervos de labranza y los cristianos institutos monásticos de aquella edad; de ahí, que por cesion de los feudales señores, vencedores ó vencidos en sus repetidas luchas, llegaran á agregarse á varios de aquellos intitutos los siervos labradores de las tierras que cultivaban; de ahí, que cediendo á la universal costumbre y social organizacion de aquellos tiempos, adoptasen tambien varias abadías la forma feudal y su aneja consecuencia la servidumbre; mas no para endurecerla ni exacerbarla, sino al contrario, para dar al siervo los derechos y dignidad de hijo de Dios, igual ante éste á sus mismos señores, á quienes para acercarse á los altares hizo siempre la Iglesia deponer la corona y desceñirse la espada: nocion trascendental y muestra enérgica de la moral y religiosa igualdad humana, con la cual, promulgada constantemente, ha ido la Iglesia civilizando á todos los pueblos y levantando el nivel de las clases ínfimas de la sociedad, que fueron y serán siempre objeto predilecto de la caridad cristiana.

IV

Al declinar los rudos tiempos del feudalismo, forma de transición desde el imperio romano á las naciones modernas, aparece en ellas primeramente el trabajo agremiado, distribuido por oficios y sujeto al aprendizaje y trabas de una minuciosa organizacion, que equiparaba en cierto modo el ejercicio de las artes á una carrera del Estado sujeta á las leyes civiles, ó tal vez á una especie de regimiento casi militar; y proclamóse despues, casi en nuestros dias, la libre contratacion de todo servicio y de todo trabajo, en virtud de la cual el criado doméstico, el menestral y artesano, el industrial y el obrero, son en sus funciones de tales, como en todo lo demás, personas jurídicas, que celebran un contrato con tanta plenitud de derecho, como el amo y el propietario, el capitalista y el fabricante.

Tal fué la derivacion necesaria de la igualdad ante la ley, proclamada en las naciones modernas: la igualdad ante la ley fué á su vez consecuencia precisa de la igualdad ante Dios, proclamada por la Iglesia católica en nombre y por virtud de la religion cristiana. Por manera que los hijos de estas naciones, deudores como todos lo somos, á la civilizacion cristiana de las más nobles conquistas, con que se envanecen los tiempos presentes, andan por demás olvidadizos é ingratos, al decir, como algunos dicen, que el cristianismo y la Iglesia mantuvieron la esclavitud y la servidumbre, de que muy por el contrario han redimido al mundo.

La libre contratacion es, pues, hoy la fórmula amplia y general, que abraza las várias maneras de verificarse el trabajo y establecer sus relaciones con el capital. Esta es la base en que descansa la cuestion social y económica, este el principio generador que ha de aplicarse á la solucion de los problemas que agitan al mundo moderno.

Y ante todo, las escuelas revolucionarias, ¿podrán combatir la legitimidad de este principio? La libre contratacion, ¿podrá tener por enemigos á los que por propia investidura se llaman á sí mismos redentores de la dignidad y de los derechos innatos del hombre? Y, sin embargo, nada más ciérto. De error en error se llega en la pendiente de los humanos errores á los más grandes é increíbles absurdos. ¡Guerra á los gobiernos! ¡guerra á la tiranía del Estado! ¡abajo toda autoridad! gritan esas escuelas. Y vienen á establecer ¡pasmosa inconsecuencia! lo que todos llaman ya el *socialismo autoritario*: es decir, un Estado mónstruo, que no sólo determine las relaciones generales de los asociados, la defensa del cuerpo social, la armonía (necesaria á todo organismo) de los elementos morales y materiales de produccion, bienestar y creciente desarrollo, sobre las bases sagradas de la libertad de accion individual y de la justicia, reina de esa libertad; sino que regimente en falanjes á los asociados, les señale su racion de trabajo, su racion de lucro, su racion de enseñanza, su racion de libertad, y (si se llega, como tales escuelas han llegado, al comunismo) su racion de alimento, su racion ¡repugna decirlo! de amor libre, su negacion insensata y cínica de la familia, y su horrible y estúpida negacion de Dios. De suerte que lo que viene á quedar es, sujecion abyecta, mecanismo despótico en todo: y sólo se une la palabra libertad al físico amor, Así, con cieno se mancha y borra el santo vínculo de la familia cristiana, cimiento y sosten de las prósperas y cultas sociedades, y con cieno se obstruye la fuente pura de las lozanas y vigorosas generaciones. De aquí, que no sin razon se diga por algunos que el moderno socialismo y comunismo, encarnados en la tan famosa y ya decadente Internacional, señalaria, triunfante, el fin miserable de aquella sociedad, en que reinase por entero. No hay pues, que extrañar, que quienes tantas y tales cosas niegan, nieguen tambien la libre contratacion, ese verda-

dero nivel jurídico, ante el cual, según ya digimos, el sirviente es igual al amo, el obrero al empresario ó capitalista, y todos celebran, al concertar sus recíprocos servicios, un pacto bilateral, en que la dignidad humana y la voluntad independiente quedan reconocidas y sancionadas por el consentimiento mútuo y el mútuo disenso (que son la ley especial del contrato) dentro de la justicia y la moral, de donde en las naciones civilizadas toman las leyes su augusto carácter de autoridad coercitiva.

Sin embargo de la temeraria y contradictoria negación que hace el socialismo, el hombre libre y responsable, razonando en buena filosofía y en puro derecho, es dueño de sus facultades, que son parte y complemento de su ser. Dios se las ha dado, para ejercitarlas y contribuir al desarrollo de su potencia virtual y cumplimiento de su destino en la incesante aplicación de su actividad; y con ellas y sobre ellas concedióle el libre albedrío, que, según hemos visto, le dá mérito en el bien obrar y responsabilidad en el obrar mal. Ni Dios, ni máquina, como en otro lugar y ocasión dijimos (1), el hombre tiene merecimiento en el acierto, porque pudiera haber errado, y responsabilidad en el error, porque pudiera haber acertado. Con más meditación en los proyectos, con más rectitud en los propósitos, con más energía en la voluntad, con más paciencia en las contrariedades, con más perseverancia en la acción, los errores se disminuyen constantemente. Tal es el ser moral. Suprimid en él la libre elección, el contrato libre: no lo elevareis á ángel ni Dios (que fuera loca blasfemia sólo el indicarlo) le reduciréis á *máquina*. Y eso hacen los métodos socialistas. Solamente que como la máquina humana se mueve por sí misma y no se ajustan fácilmente sus movimientos al compás estrecho y arbitrario de sus di-

---

(1) «La Democracia cristiana,» introducción al tomo IV de esta Revista, número 55

rectores, chócense y rozan ásperamente los hombres-máquinas con dolorosas contorsiones y torceduras; y en el organismo social y económico se produce al instante, como en Francia en 1848 y 1870, y en España en nuestros días, un espantoso crugido y desquiciamiento á cada utópico y violento ensayo.

La libre contratacion es hoy el símbolo y afianzamiento de la emancipacion de las clases trabajadoras; es la enseña de la humana dignidad, de la igualdad ante la ley llevada á la esfera económica; es el reconocimiento de la personalidad humana, el triunfo sobre la *esclavitud* y la *servidumbre* del trabajo. Y sin embargo, repetimos, todo esto quieren arrebatár á la sociedad actual los que osada y pretenciosamente dicen que vienen á redimirla.

El mútuo interés, y la libre contratacion, contra el despotismo y el monopolio: la justicia afianzada por el Estado, manteniendo el órden moral y material, esto es, la coexistencia de todos los derechos: hé ahí en nuestros días la base del organismo social y económico. Añádase á esto la sólida instruccion moral al lado de la profesional enseñanza, y se habrá completado esa base precisa, que todos debemos robustecer y consolidar.

## V

Ahora, dentro de la libre contratacion, ¿cuál forma concreta, cuál combinacion especial, es la mejor y más acertada, para establecer las relaciones entre el capital y el trabajo?

El estudio tranquilo de esta materia, en que hoy se confunden y complican tantos conceptos, no sólo económicos y sociales, sino también morales, filosóficos y religiosos, no pueden hacerlo por sí solos competentemente los hombres entregados al trabajo corporal: pueden éstos darse ménos á la meditacion y á las concepciones filosófi-

cas, tarea del sábio, y tócales más bien mostrar legal y honradamente sus necesidades y aspiraciones, para que sirvan de conveniente dato y memorial oportuno ante la deliberacion de la ciencia ó las ordenanzas de la ley. De otro modo, excitadas sus pasiones por las urgencias é ignorancia propias, ó por las sugeriones y malicia ajenas, surgen á menudo errores y conflictos lamentables; y si por ventura otras pasiones, la avaricia de crecientes ganancias, la sed de materiales goces, llevan tambien á la dureza y la imprevisión á algunos empresarios, en mal hora desaparece entonces el mútuo interés, amor y ayuda, que destierra las desconfianzas y ahuyenta los peligros. Es por tanto necesario dar á estas materias la atencion, que requieren de toda razon sana y de todo corazon recto.

¿Cuál es, pues, la más justa y sábia relacion entre el capital y el trabajo? ¿es la asociacion? ¿es la mutualidad ó reciprocidad ó tasa de los valores? ¿es el derecho al trabajo? ¿es la cooperacion? ¿es la participacion? ¿es la labor á destajo? ¿es el libre salario?... Y en todos casos ¿es justo y legítimo el interés del capital?.....

Tales son las cuestiones parciales, que encierra la materia de que tratamos.

El socialismo práctico pretendió enseñorearse algunos años há de la sociedad en el corazon de Europa, en la vecina Francia. Tres fueron sus formas principales, las tres que primero hemos nombrado: la asociacion, la mutualidad, el derecho al trabajo. Proclamáronse después las sociedades cooperativas. Y ántes que todas estas seductoras formas, han vivido en la práctica y se han introducido lenta y modestamente en fábricas y talleres, la participacion, la labor á destajo y el tan debatido como indispensable libre salario.

La asociacion, la reciprocidad, el derecho al trabajo, pueden ser consideradas como las tres formas cardinales y prácticas del socialismo, en su mejor acepcion, es decir,

del socialismo económico, que busca sólo la distribución general de la riqueza entre los asociados, no del socialismo autoritario y político, que sólo busca y produce la tiranía de la fuerza, aunque á eso vienen á parar por una pendiente irresistible los corrientes de todo socialismo.

La asociación de los obreros entre sí, para dirigirse á sí mismos en la aplicación y desarrollo de su industria, y reunir con las pequeñas porciones de sus ahorros el capital necesario á toda empresa, es uno de los modos primeramente ideados para emanciparse del empresario y del capital.

Pero surge al momento la necesidad imprescindible de plan, de proyecto, de prevision, que ha de preceder al material trabajo; y todas estas condiciones las dá la ciencia, el estudio, la observación: el obrero, pues, será instrumento, no director ni guía, que es el papel destinado al empresario. La elección de industria, la del lugar en que deba plantearse, su relación con próximos y seguros mercados, el cambio ventajoso de sus productos, la relación de estos con las necesidades de cada país, la precaución contra las variaciones del gusto y el voluble imperio de la moda, la aplicación oportuna de máquinas auxiliares, la contabilidad, la correspondencia, la unidad y proporción de las operaciones, todo esto, y mucho más, há menester el empresario llevar en su mente. Véase si el obrero puede hacer otro tanto. Véase si una colección de obreros agregados pueden igualmente hacerlo, eligiendo ó no á algunos de sus consocios. Véase, en fin, si se lograría que el obrero electo tuviese bastante autoridad sobre el obrero elector y bastante interés para mirar como propia la buena ó mala suerte de sus torpes ó acertadas disposiciones.

Y en cuanto al capital, ¿cómo disponer del necesario, cuya acumulación ha de preceder forzosamente al comienzo de los trabajos? ¿cómo aventurar lo que muchas veces

aventurarse debe, para poder intentar un desarrollo, un paso en el camino de la industria? A este objeto dice con razon un escritor ilustre: «dos aliados, la riqueza y el génio, son los que aceleran la marcha de la industria; mas la pobreza y la asociacion no son á propósito para las temeridades.» (1).

Si por un momento se pusiera en práctica la idea de la asociacion en algun género de trabajo, que por breve tiempo la consistiera, pronto nacerian de su propio seno, ó de fuera de ella, y juntos en uno ó separados, el empresario y el capitalista, que son parte indispensable en toda industria organizada. El obrero, atento á su trabajo individual, si este ha de ser eficaz y vigoroso, no puede abandonarle para atender á las condiciones del conjunto, ni á sus relaciones precisas con los productores de las primeras materias y con los centros y dependencias del consumo y del mercado. El obrero, además, en general considerado, no tiene ni fondos ó capital (pues, si los tuviese, no se haria simple obrero) ni crédito que le abra las arcas del caudal ageno. No puede tampoco sufrir la privacion y las suspensiones de productos hasta que se vendan ó cambien los de su trabajo, pues dedicándose á este por la necesidad misma del diario abrigo y sustento, suyo y de su familia, puede aplicársele aquel aforismo implacable, que á otro propósito proclaman las reglas jurídicas: *venter non patitur dilationem*.

Y si para evitar los inconvenientes de la asociacion, se acudiera á unir dentro de cada uno de los respectivos oficios ó industrias al maestro y al capataz con el oficial y el aprendiz, y se diera al primero la autoridad y la direccion, y los riesgos de la empresa, en cambio de los cuales fuésen tambien para él las ganancias, cuando las hubiese, pagados los trabajos y servicios individuales; y al mismo

---

(1) Thiers. De la Propriété, livre 3.º, chapitre IV.

incumbiera el discernir, despues de bien probados, cuáles capataces fuésen dignos de ir á la parte con él en dichas ganancias, cuáles oficiales aptos para trabajar á destajo ó por piezas contratadas y para ser capataces de los otros, cuáles aprendices merecian ya algo más que dejar su trabajo á cambio de la enseñanza profesional y pasar á la categoría de oficiales retribuidos; y entre todos los maestros de cada oficio y sus respectivos subordinados se establecieran relaciones y comunicacion para los asuntos propios de los intereses del trabajo y de la educacion moral, intelectual y técnica de cada grupo, es decir, de lo que hoy se llama pomposamente *enseñanza integral*; entónces, la organizacion socialista de la clase trabajadora, todo lo que la Internacional intenta y proclama como obra práctica, aparte el despojo de lo ageno, ó no significa nada, ó significaria la resurreccion flamante de los combatidos, escarnecidos y asendereados *gremios*. Con mayor ó menor extension en el número de asociados, con mayor ó menor elegancia, con esta ó las otras formas, la esencia sería la misma; el gremio, con el daño de la sujecion á veces del genio y el del monopolio (que del monopolio en las más espantosas y avasalladoras proporciones tambien hoy se trata) y con las ventajas de la organizacion del trabajo y mútua proteccion de los trabajadores.

La reciprocidad, la mutualidad, la tasa de los valores, que vienen á ser cosa igual, representan otra de las utópias más señaladas, hijas de la ligereza y la ignorancia. Consiste tal sistema en señalar artificialmente y por medio de las funciones del poder, una relacion proporcional ajustada á cálculos administrativos, entre la variedad de los valores de las cosas que constituyen en sus diversas formas la propiedad individual ó corporativa, y los valores de las múltiples y diversas clases de trabajos y servicios. Es decir, que segun este sistema se han de señalar dichos

valores por una autoridad ó representacion social, que ejerza aquella especie de económico despotismo, ante el cual se humillen la voluntad, la libertad y los intereses de los asociados. Mas claro: el poder central económico deberá fijar, no el valor verdadero de las cosas, que, como intrínseco en ellas, se origina de su naturaleza y condiciones esenciales, sino la estimacion que se haga de las mismas en el mercado general de todas, á lo cual llamamos *precio*. Mas este, que siendo espontáneo y natural en circunstancias libres y adecuadas para la contratacion, sigue siempre con relacion constante y más ó ménos estricta al valor verdadero de aquello que en los más genéricos términos denomínase *mercancia*, si llega á señalarse arbitrariamente por un centro autoritario, por sábio é ilustrado que sea, produce el trastorno más absoluto en el mundo económico, la perturbacion, el desconcierto, el caos. ¿Quién podrá seguir la marcha incierta, oscura, misteriosa, de cada valor desde su nacimiento hasta su muerte en las entrañas de una sociedad, marcha oculta entre los pliegues, con que se reviste tan variada y accidentalmente su brillante y engañosa superficie? ¿A quién será dado señalar el beneficio que produce una cosa valorable, segun el momento y la ocasion en que se adquiere y el objeto con que se la busca? ¿Quién alcanza á comprender y señalar los provechos y el mérito de un servicio, por pequeño que en sí sea, segun el fin y ocasion con que se presta, el riesgo que se arrostra moral ó materialmente y las consecuencias que de él se derivan?... Estas relaciones indefinidas, hebras delicadas, caminos variados y ocultos, correspondencias y armonías numerosas, que en la vida social-económica constituyen una especie de circulacion arterial, que la nutre y robustece, son tan complicadas y dignas de respeto en su clase, como en la suya respectiva vienen á serlo la inmensa multitud de fibras que en la esfera moral constituyen la red de vínculos, enlaces y ligaduras,

por los cuales circula, como si digéramos, el flúido nerveo, que anima, entona y sostiene á la sociedad humana.

Si el verdadero *precio* de cada cosa, para cada persona, para cada necesidad y en cada momento y coyuntura, puede señalarse por álguien con acierto, será sin duda por aquellos que han de recibirle ó prestarle en cada caso, y saben por tanto lo que vale para ellos aquello sobre que se contrata. Y de la suma de estas apreciaciones individuales, libres, espontáneas y competentes resulta el precio general de los mercados, flexible y variable, como es preciso que lo sea, á medida, no del capricho, sino de las necesidades de los asociados, que cuando se dejan sentir en una época ó en un punto de modo suficiente á influir en dichos precios, es porque representan una cantidad de intereses respetables. Sustituir al movimiento, á la palpitation natural de esa circulacion incesante, las sacudidas, compresiones, sangrías, ligaduras, dictadas por un criterio imperfecto ó ciego y un poder arbitrario, y esto tratándose de la vida diaria de la sociedad, es funesto delirio, que por desgracia ha vibrado en algunos cerebros, y contribuido tambien á commover con febriles agitaciones á esa sociedad entera.

Así, pretender que cuando en el mercado suban los precios de las subsistencias, se eleven tambien por el Estado los precios de los productos industriales y el salario de los obreros, y vice-versa, es pretender, en primer lugar un imposible, y en segundo una catástrofe inmensa, una série de conflictos incalculables, y á la postre una parálisis ruinosa. Aprisionar la vida universal de las industrias y el comercio, de los trabajos y servicios de todas clases, en una red artificiosa de escalas graduales correspondientes entre sí, para que el aprendiz, el bracero, el oficial y el capataz ó maestro, por un lado; y por consecuencia indispensable, el artista, el escritor, el sábio, el profesor, el funcionario público por otro, tengan señaladas sus asig-

naciones ó emolumentos, los cuales suban ó bajen al compás y medida de los precios de los alimentos, de los vestidos, de los billetes de diligencias ó ferro-carril, del coste de toda clase de trasportes y del de los demás objetos que ocurren á la satisfaccion de las necesidades de la vida, es idea tan peregrina, que con sólo esponerla basta para que se comprenda su loca extravagancia.

No de otra índole es la supresion de la concurrencia, que con tal sistema se pretende conseguir. La concurrencia en el trabajo es la vida y la creciente perfeccion de este, la baratura de sus productos, el nivel descendente que llama á mayor número de consumidores, privados ántes de sus beneficios; el advenimiento, cada dia más numeroso, de los individuos de la humanidad, de los desvalidos de la fortuna, al disfrute del bienestar, á la satisfaccion de sus necesidades verdaderas, que si van unidos con la enseñanza moral, la direccion del espíritu y el goce de este en la virtud, que es fuerza y paz del alma, producen en la tierra la única dicha que al comun de los hombres es dable ofrecerles, la única que es posible cumplirles, y la única tambien que basta para que á menudo sean envidiados los más humildes por los exaltados y prepotentes (1).

Y aunque á primera vista no parezca tan extraña é inaplicable como la reciprocidad ó mutualidad la teoría del derecho al trabajo, que hizo ya sus jornadas por el mundo, ni resiste al primer análisis de la razon, ni ha resistido al primer ensayo de la experiencia. Los *talleres nacionales* de París en 1848 fueron grande enseñanza contra la fascinacion de los argumentos y predicaciones vulga-

---

(1) A este propósito dice con razon el autor antes citado: *Celui qui veut ralentir la production, qui ne veut pas qu'on produise de quoi nourrir l'enfant à naître* (el que Malthus temia que naciera) *n'est il pas seul responsable de la defense de Malthus? Car Malthus aurait levé son interdit, s'il avait vu sur la terre de quoi fournir à la subsistence de tous les nouveaux-nés.*

res, que llevó el desengaño á los espíritus mas obcecados, por lo cual es de notar que la «Asociacion Internacional de los trabajadores» no ha pretendido, ni imitarlos, ni mencionarlos siquiera, tomando por otros rumbos para sus atrevidas incursiones en el régimen de la sociedad. El derecho al trabajo, que es decir la obligacion en el Estado de proporcionárselo al que no le tenga, no admite otra forma de cumplimiento, que convertirse el poder central de la sociedad en un fabricante y mercader universal, que con su vasta empresa ahogue y mate todas las demás, quitándolos sus brazos y elementos, sus ganancias y estímulos, quedándose como único productor con el monopolio de las industrias, y dando todos sus artículos malos y caros á los consumidores, es decir, al cuerpo social. Si es cierto que el impulso de la propia idea, de la propia aptitud y vocacion, y de la ganancia ó conveniencia propias, son fuente de fecundidad y perfeccion en el trabajo, matar aquellas condiciones es matar á éste. El Estado, obligado á recibir por obreros á todos los que lo exijan, sea su necesidad efecto de inculpables desgracias ó fruto de ineptitud ó vicio, es un empresario inmoral, y sobre inmoral, perturbador y dañoso. La seguridad de encontrar en sus grandes talleres asilo á la impericia y la holganza, estableceria una corriente funesta de transmigracion de las industrias particulares á la industria pública, que dejaría sin brazos á aquellas. Y una vez acumuladas bajo sus banderas las turbas de los obreros, por una propension natural, difícil de resistir con la ménos rígida disciplina, que es siempre aquella en que el verdadero dueño, director ó interesado, es más abstracto y ménos visible, la inferioridad de los productos, la dificultad de los métodos y el peligro y alteracion constantes del orden público, serian, además de la ruina de las industrias que mencionamos, el fruto peregrino de tan decantado invento.

Después de los sistemas rápidamente indicados, de los cuales subsisten los dos primeros en los planes del socialismo internacionalista contemporáneo, réstanos hablar con igual brevedad de otros tres, á saber, la cooperacion, la participacion, el salario. De estos el primero es todavía bandera de agitaciones y causa de errores y extravíos; los dos últimos son la base del trabajo moderno y la esperanza del porvenir, dentro ambos de la esfera comun de la libre contratacion.

La cooperacion viene á ser propiamente una modificacion ó nueva forma de la asociacion. Distínguese de esta en lo siguiente. La asociacion reúne á varios miembros en un cuerpo colectivo, á cuyo régimen, fines y autoridad se someten, desapareciendo en cierto modo la libre accion individual. Sin extinguir ésta la cooperacion, pretende armonizarla con las demás libres acciones individuales de los cooperadores. ¿Reúnense éstos para producir? Pues trabaja cada uno á su voluntad y bajo su responsabilidad, aunque de acuerdo con los otros para elegir la clase de trabajo y productos, que han de ser objeto del ejercicio de sus facultades. Y los productos de la cooperacion buscan en comun el mercado, distribuyéndose luego el importe de la venta entre los cooperadores, á medida de lo que cada cual cooperó, ó dió en productos de su trabajo al comun acervo. Si la cooperacion es para consumos, el procedimiento es más sencillo: reúnense varios trabajadores; compran en comun lo que han menester para la subsistencia de sus personas ó familias, distribuyendo entre todos, á proporcion de lo que cada cual puso, las materias adquiridas, y abaratando el coste de ellas por la compra al por mayor, ó por el aprovechamiento de ventajosas circunstancias en el mercado.

Prescindamos de la cooperacion para el consumo, que no atañe tan directamente á la organizacion del trabajo,

ni ofrece otros inconvenientes principales, que aquellos que resulten de la dificultad de entenderse ordenada y constantemente los cooperadores para la eleccion de objetos, su ajuste, depósito, custodia y distribucion; todo lo cual exige una especie de poder delegado para administrar y resolver lo preciso. Y fijando nuestra consideracion en la cooperacion de productos, á poco que la exáminemos se verá que viene á confundirse con la asociacion. ¿Cómo trabajar provechosamente, cómo establecer una industria, una explotacion cualquiera de trabajo colectivo, cuyos dueños y empresarios han de ser los obreros en comun, sin que éstos nombren un centro directivo, que medite, proyecte, compre, venda, administre, gobierne, y resuelva en fin y ejecute todo lo necesario? Pues tal es la esencia de la asociacion. La Internacional sobre todo, que ha clamado contra esta, defiende aquella como una cosa enteramente nueva; pero á nuestro juicio no lo es. Podrá dejar más libertad, más independendencia, ó autonomia, segun el vocabulario nuevo; pero siempre el cooperador tendrá que sujetar ó acomodar sus operaciones á las de otros, para que den un beneficioso resultado en razon de los esfuerzos comunes; que de otro modo, inútiles en todo ó en parte fueran estos. Y lo que significa cooperar, ó trabajar de concierto, eso mismo quiere decir asociarse para un trabajo comun. Mas si en la cooperacion se quisieran mantener la susodicha *autonomia* ó independendencia, á tal punto que fuera dueño cada cooperador de retirarse en el punto y hora que se le antojase, sin prévio aviso, sin sustitucion oportuna de su trabajo personal por otro suficiente y análogo, sin resarcimiento de daños en el contrario caso, entónces la cooperacion es simplemente un delirio, un imposible.

Pero, aún reducida á sus términos más racionales, veamos si en ella puede fundarse la redentora organizacion que se codicia y vocifera.

Doce, veinte, ciento, mil obreros, unidos para trabajar

independientemente, es decir, sin empresario ni capitalista ¿pueden hallar en sí mismos, y por sí solos, el principio de iniciativa, de unidad, las exteriores relaciones con los mercados, la pronta y fácil adquisición de primeras materias y colocación de productos elaborados, que toda empresa necesita? Si llegan á tener esto, cierto que será por haber nacido entre ellos y desarrollándose con sus ahorros y subordinación, uno ó varios que se conviertan en el verdadero empresario y capitalista, que se trataba de eliminar. El inepto, el holgazán, el enfermo, el vicioso, el díscolo, que, á poco que la colectividad se estienda, aparecen siempre, irán necesitando en sus penurias la ayuda de la prevision y ahorros de los demás; y este fenómeno repetido y generalizado obligará á que los anticipos se hagan con naturales condiciones de resarcimiento y pago del servicio: á ménos de arruinarse la empresa, ó de expulsar á todos los necesitados, lo cual, siendo muchos también la arruinaría, y además, si sería moral y justo para los viciosos y díscolos y hasta cierto punto para los ineptos, no lo sería para los enfermos y desgraciados, cuyas fuerzas pueden renacer, pasado el conflicto, con la ayuda que su crédito moral les hace hallar en el ahorro ó el capital ajeno; que tal es la verdadera solidaridad, reciprocidad, cooperación y mútua ayuda del honrado y moralizador trabajo humano. Y si este no puede existir bien considerado sin el necesario concurso de la dirección del empresario y del auxilio del capital, claro es que la forma de cooperación, que reúne á los obreros en hostilidad contra los mismos elementos que han de ser base de su acción fecunda, produce una constitución ingénita débil, enfermiza y falta de crédito y vida.

La participación del obrero en los productos de la empresa es otra de las formas ideadas para organizar el trabajo. Repartir el producto de una industria entre los que

la sostienen, tal es su base: errónea por cierto, á pesar de su aspecto de justicia y sencillez. Si todos los obreros de una industria hubieran de aguardar á la liquidacion de las ganancias de esta, á menudo dudosas, ó negativas, ó insuficientes ;cómo atender á sus diarias y perentorias necesidades? Con el crédito no es por regla general posible: el crédito sólo le poseen, ó el capital, ó la inteligencia y aptitud probada unida á la probidad reconocida. La mayoría pues de los obreros, humilde y oscura, como por punto general tiene siempre que serlo, y sumados en ella los ineptos, los indolentes y los viciosos, no puede vivir del crédito que no tiene; no puede aguardar en la urgente satisfaccion de sus necesidades, á que llegue el dia de su eventual participacion; y mucho ménos quedar sin ella en las empresas mal aventuradas; y há menester por tanto su retribucion, su *victus ratio* semanal ó diaria: que, si para evitar semejante obstáculo, se idease abrir una especie de cuenta corriente de anticipos reintegrables á cada obrero, ni tales anticipos serian reembolsados por quien los hiciese en los casos de empresa frustrada ó improductiva, ni en razon de este resultado seguro, se daría á cada trabajador por la más vulgar prevision sino lo que representara el valor de su trabajo diario en un plazo no muy largo, para eludir las contingencias de enfermedad, ausencia ó muerte. Y así tendríamos constituido por la fuerza de las cosas un salario, vergonzante y disimulado, pero cierto y positivo; ó bien, si así no se hacia, vendrian á tierra todas las industrias en sus primeros ensayos.

La participacion puede otorgarse, y se otorga en efecto, á aquel operario que ascendiendo en su carrera desde aprendiz á maestro, adquiere por su inteligencia, por su asiduidad, por su estudio, una aptitud distinguida y general, para conocer y dirigir las formas del trabajo, las faenas de los trabajadores, el mecanismo técnico y económico de una fábrica ó taller, y en algunos casos sus rela-

ciones con el mercado y con los hombres de negocios: en tal caso el operario distinguido elévase por premio justo y oportunísimo de sus servicios y honradez, á consócio ó co-empresario del dueño ó capitalista. Y esto, que tiene lugar muchas veces, y que debe acaso repetirse muchas más, es aliciente á la buena conducta y adelanto profesional de los obreros; es retribucion honrosa, material y moral á los que más merecieron; y es tambien enlace y aproximacion útil y previsora de la clase numerosa de operarios con la clase restringida de empresarios y capitalistas: vínculo de armonía, palabra de justicia, premio de virtud, estímulo de trabajo, solucion de conflictos.

Como se ha visto, la idea del salario en la industria surge espontáneamente del exámen de las condiciones facultativas y económicas de la organizacion del trabajo. El salario en verdad, que es la asignacion de un precio determinado á cada espacio de tiempo en cada trabajo, segun el esfuerzo personal ó aptitud que exija, ó peligros que en él se arriesguen, es la regla general de la remuneracion debida al trabajador; porque en efecto, reúne todas las condiciones que son menester para acomodarse á la diversidad de personas, materias, ocasiones y lugares: la divisibilidad, proporcionalidad, socorro de actualidad, seguridad invariable por la percepcion inmediata del premio de la fatiga, y verdadera libertad de contratacion que en sí encierra para el caso de una suspensión ó cesacion de industria y para el de modificaciones voluntarias ó recíprocas, que á todo momento pueden ocurrir por las mil vicisitudes que las industrias sufren, ya por razon de interés individual, ya por causas y circunstancias de interés colectivo.

Hay una forma de contrato, modificacion del salario, que ha nacido y propagádose en casi todas las industrias, y está generalizada en algunas fábricas y talleres; es la

labor á destajo, ó por piezas retribuidas con una cantidad alzada. Por este medio gana siempre el más hábil y aplicado, más que aquel que no lo es tanto. Con razon, pues, la encomian ilustres estadistas como uno de los más eficaces medios para dar solucion á varias de las cuestiones del trabajo que hoy se agitan; pero, requiriendo esta forma de contrato una aptitud especial en el trabajador, no es dable tampoco aplicarla á la suma general de los principiantes ó ineptos.

Debe, pues, concluirse que en el estado que hoy tiene la vida de las industrias y la ciencia económica, examinadas con fria razon las formas y correspondencias del humano trabajo, la libre contratacion es la regla general que ha venido á suceder á los trabajos y servicios forzados de otros tiempos: regla justa, moral, digna, para el sér libre é independiente, dueño responsable de sus acciones. Dentro de esa misma contratacion libre, la participacion (como premio y estímulo á los más distinguidos obreros) y el salario y labor á destajo (como regla general para los demás) son los medios más convenientes, adecuados, fecundos y justos para el desarrollo y fomento de las industrias, sin el cual perecen las tribus numerosas del proletariado en las naciones modernas, estremeciendo en sus sacudidas el órden social y la paz pública, y sin el cual las sociedades antiguas mantenian estancada y moribunda la poblacion, mermada además por la guerra, que era general oficio.

En los trabajos agrícolas predomina por su índole propia la participacion en la forma de arrendamientos ó aparcerias respecto de las pequeñas propiedades, en las cuales el labrador aparcerero cultiva por sí mismo los campos, cuya parte de productos disfruta. En las grandes sucede además que el arrendatario ó aparcerero, ó bien el dueño mismo, conviértese á la vez en empresario, que dirige opera-

ciones de cultivo, contratadas por salario ó como labor á destajo con sus auxiliares jornaleros. Además de estas ventajas, que dá á la agricultura su especial condicion, tiene tambien á favor suyo las muchas que se originan, como beneficio moral y físico, de la faena al aire libre en pequeños grupos diseminados y contemplando diariamente la naturaleza y las maravillas de las obras de Dios. Por esto dijo ya desde la antigüedad Caton el Mayor en su libro *De re rustica*: «De los labradores nacen los hombres más robustos, los soldados más valerosos y sufridos: la agricultura es la que dá los beneficios más honrados, más seguros y ménos expuestos á la envidia: los que en ella andan afanados no suelen dar cabida á malos pensamientos.»

## VI

Ahora sobreviene otra cuestion importante, estrechamente unida con lo que de expresar acabamos: la legitimidad del interés del capital. La voluntaria prestacion de un capital á quien lo ha menester, es un servicio indudable: el premio de este servicio es el interés. Contra lo cual se dice: convenidos en que el capital es el producto del trabajo, acumulado por el ahorro; pero trabajo anterior acumulado, por trabajo del presente, deben cambiarse á la par: lo mismo vale el trabajo de ayer, que el trabajo de hoy. Si el capitalista puede almacenar el trabajo sobrante, áun representado por los productos más corruptibles, es convitiéndolo en moneda; y la moneda es una creacion de la colectividad social, que no tiene valor sino por la aceptacion y garantía que le ofrecemos todos. Este medio, la moneda, único de acumular el capital sin pérdidas, se lo dá de balde toda la sociedad al capitalista: luego éste, debe prestar de balde tambien su capital al nuevo trabajo, que de él haya menester.

A esto puede contestarse:

La moneda tiene por sí misma valor intrínseco, casi

igual al que representa: no es en las naciones civilizadas ficticio ni arbitrario. El capital y el trabajo concurren ambos á la produccion; luego debe haber ganancia, ó pago de su concurso, para ambos. El trabajo de cien hombres, reunidos en un dia, dá resultado muy superior, y vence obstáculos infinitamente mayores, que el de un hombre en cien dias. Un hombre solo no mueve un peñasco de cien quintales, ni en un dia, ni en ciento, ni en mil: los esfuerzos de toda su vida empleados en remover tal obstáculo para una empresa fecunda, como la escavacion de un canal, el desmonte de un ferro-carril, no darian otro fruto que la estéril consuncion de su existencia absorbida en la sima insaciable de un imposible. Si llegan cien hombres aisladamente y en dias sucesivos, sus esfuerzos se sumirán en el propio abismo. Pero, si el capital compra herramientas, alquila medios de trasporte, prepara subsistencias, organiza grupos á la voz de escogidos capataces, y todos ellos al mando de inteligente ingeniero, con cien hombres en un sólo dia, ó en ménos, se vence y remueve el ántes insuperable obstáculo, enemigo inmovible de la poblacion y bien estar de una region entera. Pues esa multiplicacion del trabajo condensado de muchos, que no suma los esfuerzos de cada uno, sino que los multiplica y eleva á una gran potencia, ese excedente de productos que Leroux, en el iracundo é irreflexivo lenguaje demagójico, dice *se roba* á los trabajadores, son cabalmente debidos á la ciencia y al capital, que hacen posible y fecunda la acumulacion en un dia del trabajo de cien hombres.

A lo sumo á que podria aspirarse en esta materia de la relacion del capital con el trabajo, es á establecer la libertad del crédito y el empleo de papel de cambio, ó papel moneda, entre los individuos de una asociacion determinada; más con estos valores artificiales habria los mismos obstáculos que con la moneda para el trabajador,

y otros muchos mayores. Se darian esos bonos á quien tuviese crédito para merecerlos: le tendrian los asociados, si existia un fondo positivo de riqueza, la cual ellos representasen: y además, no estando el papel de cambio enlazado con el crédito general y la moneda de la sociedad, no daria el resultado de la representacion completa de la universalidad de valores, que ha menester la vida. Lo que en este punto creemos que puede dar ayuda segura, á la morigeracion de costumbres, al socorro de la ancianidad y de las enfermedades de los trabajadores, son las sólidas y sencillas instituciones de prevision ó cajas de ahorros, que es dable formar por medio de la asociacion. España las ha tenido para los agricultores en forma de *pósitos*. Su sólida sencillez, en mal hora malograda, les ha dado la duracion de siglos: y son ejemplo y estímulo á otras instituciones análogas para las diversas industrias. Barcelona y Madrid ofrecen tambien el modelo de dos excelentes cajas de ahorros, unidas (como es necesario) á sus respectivos montes de piedad.

Resulta entretanto que el interés del capital es legítimo, y que el apreciar su cuantía debe dejarse tambien al mútuo interés y al libre contrato; pues sólo en este puede estimarse con acierto la importancia del servicio, que el capital ó el trabajo en cada caso rinden.

Los conflictos, creados por los obreros del trabajo corporal en sus colisiones con las demás clases de la sociedad, y sobre todo con los capitalistas y empresarios, son fruto de varias causas, ya señaladas y no desmentidas. La privacion de algunos goces, á que el ejemplo del lujo incita, la ignorancia de las verdaderas armonías sociales, la envidia indiscreta á los exteriormente afortunados, las pasiones en suma, perdido el freno de los sentimientos cristianos y la compensacion y calma de los goces morales; y además la instigacion sagaz de los agitadores políticos,

que buscan su palanca de trastornos, para lograr ambicionados cambios ó satisfacer venganzas dañinas, hé ahí los móviles que de una parte dan al problema económico-social el tinte funesto de odiosa guerra con que le hemos visto reaparecer en nuestro siglo: por otro lado, de notar son también, según digimos, y de censurar al mismo tiempo, los defectos que han solidado y suelen extravaiar á varios especuladores en las empresas del trabajo. Si es lección ó advertencia la que Dios envía con las terribles agitaciones contemporáneas, para señalar el desnivel moral, que en muchas de las citadas empresas se observa, la postergación de los caros intereses del corazón y del espíritu, la ausencia de las reglas severas de la moral y de la doctrina y prácticas elevadas y consoladoras de la religión, que la lección se aprenda, y la advertencia no se olvide.

Más todos los indicados defectos no arguyen contra ningún sistema ni organización del trabajo: son abusos humanos que pueden hallarse en todos.

Ya hemos dicho la solución que la humana ciencia hoy alcanza en las cuestiones económicas y sociales del trabajo. Lo demás lo hará la moral de la civilización, la moral cristiana, que enseña á aceptar los sufrimientos con alegría, y eleva y vigoriza con ellos al espíritu, dándole la fuerza inmensa de la abnegación y el merecimiento. Y lo que todavía falte, lo hará también la caridad, protectora de todos los infortunios.

Si al abrigo de tal organización del trabajo, no ficticia y mecánica, sino natural y espontáneamente nacida de las entrañas de la sociedad, los obreros más útiles y meritorios van ascendiendo á ser propietarios, primero de los frutos de su trabajo, y luego de las demás formas de propiedad que en la sociedad existan, esta propiedad, mantenida por leyes justas en la mano honrada que la adquirió,

la fomenta y la trasmite, será un nuevo punto de apoyo para el mantenimiento recíproco del orden y prosperidad de las naciones.

No se nos oculta, ni abrigamos el intento de disimular, que el pauperismo socialista, que invade en épocas determinadas á los pueblos, indica y revela á veces una llaga social en la educacion de las generaciones y en la distribucion del trabajo y sus productos. Pero el estudio sério y concienzudo de esta cuestion especial llevaríanos léjos del propósito y límites del escrito presente.

## VII

Errado juzgamos creer que la cuestion social del dia es nueva en el mundo. Sin la rápida condensacion, sin el carácter universal, que dá nuestro siglo á los problemas importantes, la cuestion social que en nuestros tiempos se agita ha cruzado ya muchas veces por el mundo, y vestida cada una con su traje diferente.

Apareció con el cetro del legislador en Creta y Lacedemonia, dando las famosas leyes de Minos y Licurgo. Su depravacion y despótica ferocidad, nacidas del calor de la pelea, oficio constante de aquellas discordes repúblicas, se advierte con harta claridad en la forma de esclavitud absoluta impuesta al vencido; en el robo presto y sagáz enseñado como útil educacion á los adolescentes; en los crueles infanticidios de los recién nacidos con alguna endeblez ó deformidad; y en los homicidios repugnantes de los ancianos, cuya existencia reputaban inútil, cabalmente en el punto en que por la veneracion que inspiran y el consejo de madura esperiencia que pueden dar cumplen en las sociedades un objeto más sagrado y benéfico para la vida de la civilizacion, y mantienen en las familias los sentimientos puros del respeto, la paz y la gratitud.

Apareció con la túnica del filósofo en Atenas, produ-

ciendo entre otras manifestaciones aquella república de Platon, del propio metafísico llamado el *divino*, conjunto extraño de errores, basados sobre una especie de comunismo de guerreros y filósofos, en el cual se desterraba la propiedad y manteníase la esclavitud y hasta la promiscuidad de mujeres, lo cual le obligó sin duda á escribir mas tarde el *Libro de las leyes*, transaccion en cierto modo con el principio social de la propiedad, y modificacion de su anterior idea, la igualdad absoluta.

Apareció con la toga viril del romano en las leyes agrarias, leyes sobre deudas, y retiradas á los montes Aventino y Sacro, en la gran república Latina; pero con carácter solamente de socialismo por medio del Estado, nunca de comunismo ni destruccion de la propiedad. Roma, por el contrario, afianzó en el mundo (tan grande fué su influencia) tres instituciones capitales: la familia, la propiedad y el municipio. De ahí nació su fuerza. Y todavía, aparte la influencia incomparable de la moral cristiana, de ahí la toman las sociedades que quieren tenerla.

No apareció nunca con la veste sacerdotal ni la túnica polvorienta de los discípulos del cristianismo, cuya caridad en los *ágapes*, cuya abnegacion en la pobreza y en el repartimiento de los propios bienes á los desvalidos, se han querido en vano desnaturalizar, siendo esto lo absolutamente contrario á las propensiones codiciosas y sensuales del comunismo: nunca con la cogulla del cenobita, que empieza por dejar la sociedad y la familia y profesar la pobreza voluntaria, para poder constituir la santa comunidad, ejercitada en la oracion elevada á Dios por todos los hombres, y en los beneficios hechos á éstos, para derramar entre ellos la llama de la caridad evangélica.

Pero sí apareció con la espada sangrienta de las heregías religiosas, como entre los Valdenses y Albigenses (herederos de los antiguos Gnósticos) en tiempos de Domingo de Guzman en el siglo XIII, y nuevamente en el XVI

entre los Anabaptistas en largos períodos de guerras, que desolaron á la alta Alemania, y entre los Kiliastas ó Milenarios, que reprodujeron sus errores en muchos siglos, desde el primero del cristianismo hasta el xvii en Inglaterra; millenarismo, que se intenta evocar hoy por los espiritistas, y casi por algunos filósofos germánicos, en su curiosa metempsícosis moderna de las almas y evoluciones optimistas de la filosofía de la historia.

Apareció tambien con el traje civil de los modernos escritores políticos, como en la Utopia de Tomás Moro, en la República de Bodin, en la Ciudad del sol de Campanella, en el Código de la naturaleza de Morelly, en las Dudas sobre el orden natural y esencial de las sociedades de Mably; en las obras políticas de Rousseau; en las Investigaciones filosóficas sobre la propiedad y el robo de Brissot de Warville, precursor de Proudhon, é inventor verdadero, sesenta años ántes que éste, de la definicion famosa «la propiedad es el robo.»

Apareció con el manto de los conjurados, como en los incidentes de la revolucion francesa, que personificó Babeuf en esta parte, y ántes en otros de la revolucion inglesa, que dió lugar á la secta de los *niveladores*; y con el plebeyo y tambien nivelador atavio, que han tratado de darle los reformadores Owen, Saint-Simon y Fourier, el icariano Cabet, el comunista Luis Blanc y los críticos radicales y enciclopédicos Pedro José Proudhon y Pedro Leroux, al calor de cuyas doctrinas nació y se ha desarrollado la Asociacion Internacional, que dejará ya huella de su paso en nuestro siglo. Y tanto se preveian los desastres de nuestros dias, que un escritor ilustre, Mr. Sudre, exclamaba en Francia despues de las terribles jornadas de 1848. «¡Felices todavia, si no se decreta un incendio general de los monumentos de la ciencia, de la literatura y de la historia!»

¡Tristísimo acierto de aquella acerba profecía! Los mo-

numentos históricos, los museos de artes, las bibliotecas de ciencias y literatura, se han incendiado en 1870 por los comunistas y socialistas en París, cuando la patria estaba angustiada con extranjera guerra! No hablemos de lo que á ejemplo de aquello ha sucedido en nuestra infortunada patria.

Todas las citadas escuelas y pensamientos se han engendrado, más ó ménos, unos de otros, con las variantes y agregaciones que les han dado las circunstancias de cada tiempo. Y podría ponerse al claro y dejar demostrada esta genealogía, si el hacerlo fuera propio de la índole y condiciones de las páginas presentes.

Tal es el estado de la cuestion llamada social, es decir, de la cuestion de organizacion del trabajo y de las relaciones entre este y el capital y las demás instituciones de interés colectivo.

Tal estado es un estado de guerra. Decrece á momentos la lucha; pero, si no se extirpa el gérmen de ella, renacerá á cada instante. Para que cese, preciso es adoptar remedios y soluciones, y esparcir sin descanso abundante y pura doctrina.

## VIII

En cuanto al advenimiento del proletariado á la vida pública, debemos decir ante todo, que el significado que en Roma tenía esta palabra, cuando segun Aulo Gelio y Pompeio Festo se empleaba, para denotar á los pobres, que sólo hijos para la guerra daban al Estado, no puede hoy aplicarse tan exactamente, dado que el obrero activo y sano puede ascender á toda hora por mérito y virtud á las varias posiciones de la sociedad. De las ínfimas á las más elevadas puede haber hoy en las naciones bien regidas, y hay de ordinario, por el espíritu cristiano que las informa, un advenimiento constante á la mejor fortuna, á la más directa influencia en el régimen del Estado. Por

el camino del trabajo, del ahorro, de la virtud, del genio, puede y debe verificarse tal ascenso.

Lo que se ha menester para que tenga lugar ese fenómeno constante de justicia y rejuvenecimiento social, es que no haya trabas arbitrarias, que encadenen fuera de lo justo la propiedad, premio del trabajo y el ahorro, ni estorben á la virtud y al genio subir al puesto eminente que les corresponde para bien y ejemplo de las sociedades. Que un Cisneros, como en otra ocasion digimos, pueda llegar á vestir la púrpura y empuñar las riendas del gobierno de una gran nacion, subiendo á tal altura desde la humilde celda de una órden mendicante: y que un pobre montañés vascongado, hijo de una lavandera, pueda llegar con la energía de su raza y la fuerza de su perseverancia, á ser el capitalista Olaizabal, que santificando la buena suerte de sus escursiones á las playas americanas y la memoria de su madre, al volver á su patria Azpeitia y hallarla ya en el sepulcro, erija un gran lavadero público, á cubierto de la inclemencia, para honrar su humilde oficio y aliviar la suerte de sus pobres compañeras.

Que estos ascensos legítimos, noble y provechoso estímulo, se multipliquen y generalicen, por virtud de las costumbres laboriosas y la educacion moral de las clases sociales ínfimas y por estar á mucha altura el respeto á la virtud y la inteligencia, allí donde se hallaren; y entónces se verá subir cada dia algun agraciado de la fortuna, como por desventura acacce que cada dia desciende alguna víctima del vicio.

Todo lo dicho es muy lógico, muy justo y muy cristiano; es la aplicacion de aquella evangélica máxima «cada cual hijo de sus obras.»

Pero el advenimiento en junto de una clase entera al dominio de la sociedad, de una clase que representa y lleva en sí la fuerza material, la menor preparacion intelectual, y la mayor imposibilidad de adquirirla por su mismo

mecánico empleo, esto, más que lógica es fantástico delirio; más que justicia, irrupción violenta; más que rejuvenecimiento, convulsiva decrepitud y acelerada muerte. Si el trabajo ha de ser la alegría del Universo, como al principio hemos dicho, preciso es que en él se funde, al abrigo de la paz y el orden, y con el contento y templanza de los espíritus, la prosperidad universal.

Los prodigios del trabajo antiguo, fundados en la esclavitud y lágrimas de humanos rebaños, se ven hoy contrarestandos por las maravillas del nuevo trabajo, fundadas en la influencia cristiana, en la ciencia y la libertad. Las industrias materiales llegaron en la antigüedad á punto que no es fácil sobrepujar. El lago Meroe, las Pirámides, el Serapium, Thebas, Nínive, Babilonia, el cáuce del Éufrates, el puente de Jerjes sobre el Helesponto, los milagros de las industrias chinas, obras son admirables del esfuerzo humano. Pero en lo moderno, aquello que tiene carácter científico ó espiritual, ha llegado á tal apogeo, que ante su grandeza se inclina la grandeza de los tiempos antiguos: la imprenta, el vapor, los telégrafos, la fotografía, no tienen rival, ni émulo siquiera, en el proceso de los siglos.

Y si es cierto que las religiones, de acuerdo con la filosofía, han dado en una ú otra forma su importancia original y fecunda al trabajo, ninguna como la religión verdadera, revelación de Dios á la humanidad, ha impuesto la ley del trabajo á todos los hombres desde el primero, y elevado á los humildes, que ganan penosamente el pan de cada día, hasta los altares de la santidad y las cumbres de imperecedera gloria.

Así como las agitaciones febriles y criminales que hemos condenado destruyen los frutos de largos siglos de estudio y fatigas, y lanzan atrás con choque rudo la marcha de la civilización, «el trabajo en la paz», que es la vida, la fortuna y el honor de la humanidad en la tierra,

hace que esta llegue á los portentos que la engrandecen, y reparte el bienestar y la entonación del vigor humano por toda la redondez del orbe. *Nudus in nuda humo*, tal fué el estado, como dice Plinio el antiguo, en que Dios lanzó al hombre sobre la tierra. Mas inspiró en su frente la llama de la inteligencia; y con ella provee á todas sus necesidades, y arranca sus secretos á la naturaleza, y hace en cada siglo nuevas y prodigiosas conquistas para vencer los obstáculos que se ofrecen á su actividad incansable. Si hoy se formara un tren de ferro-carril sobre la superficie de la tierra con todas las locomotoras, coches y wagones que existen en el mundo, podría, según la cuenta de un periódico alemán, comenzar en París y acabar en San Petersburgo, atravesando el corazón de las montañas en túneles, como el de los Alpes, de dos leguas de extensión: arrastraría más de diez mil coches con medio millón de viajeros, y, en pos de éstos, 400.000 carruajes de mercancías. Esto ha llegado á hacer el que nació *desnudo sobre la tierra*. Y para colmo de grandeza ha ceñido el globo por mares y continentes en toda su extensión con hilos eléctricos, que lleven á toda hora su palabra y su idea, como el relámpago, cual maravilloso mandato promulgado instantáneamente á todas las regiones, á todos los climas. Esos hilos hacen sentir á un tiempo mismo y en todas partes la palpitation incesante de la vida humana, que antes se arrastraba lánguida y perezosa por desiertos arenales, ó desfallecía ante la barrera insuperable de bosques y montañas, mares y ríos.

## IX

Ante legado tan grandioso de la Providencia al hombre, recibido á condicion de observar la ley moral y la virtud del trabajo, crimen es execrable causar estallidos y conflictos, cuyo dañoso alcance no es posible que nadie hoy conozca, ni siquiera imagine. A evitarlos debe enca-

minarse la acción honrada de inteligencias y corazones; y para ello preciso es advertir, y lo haremos una vez más, clara y resueltamente, que el febril é intranquilo goce de los adelantos sociales, que el gran desequilibrio que en los ánimos se advierte, son fruto del que existe entre los intereses morales y materiales de la sociedad. Hay en nuestros días gran progreso material y científico: acabamos de reconocerlo y demostrarlo. Pero no corresponde á estos progresos el moral y religioso. Y es preciso no olvidarlo; á mayores y más potentes medios de obrar, es indispensable y muy urgente, que acompañen, claro sentido moral, sublime y elevado sentimiento religioso. El gigante, si no tiene freno, aplasta de una puñada lo que el niño no logra estremecer.

Forzoso, es pues, nivelar la vida de la humanidad. Es imposible que la materia camine sin ser guiada por el espíritu, entonado y rejuvenecido en sus eternos orígenes de vigor é inspiración.

Lanzad por valles y montañas el poderoso monstruo del siglo, la locomotora de que ántes hablábamos, exhalando grandes rugidos y nubes de espeso aliento que sobre ella se doblen en su carrera, y arrastrando en pos de sí esos largos trenes, colosales serpientes con férreas articulaciones y prolongados anillos henchidos con la riqueza de provincias y regiones. Suprimid los hilos nerviosos y las corrientes eléctricas del telégrafo, que van anunciando y disponiendo por delante del monstruo, en qué estación ha de suspender su marcha, en cuál ha de verificarse el cruzamiento de una línea transversal, en donde ha de esperar su nueva carga, ó dejar una porción de la que lleva, ó apartarse para no estorbar á la marcha inversa y rápida de otro coloso igualmente activo; el resultado entónces serán los funestos choques, aciagos descarrilamientos, desastres horribles, catástrofes clamorosas, derrumbamientos y desolaciones.

Pues esos trenes sin telégrafo, esas locomotoras sin ley ni guía, son como los intereses materiales sin las corrientes fijas del espíritu, sin nobles sentimientos, sin puras adhesiones, sin voluntario freno, sin caridad, sin fé humana ni divina, sin moral, sin religión. No hay que esperar de ellos, si se estancan, más que la putridez y el fermento: si caminan, la conflagración, el estallido y la espantosa ruina.

CÁRLOS MARÍA PERIER.

---

## CRÓNICA Y VARIEDADES

---

Así en LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD como en *La Hoja Popular*, insertamos hoy la composición bellísima que á continuación verán nuestros lectores. El exquisito gusto y profundo y delicado sentimiento con que se halla escrita esta pura y vigorosa narración de estilo bíblico, para el cual fué cortada la pluma de nuestro amigo y colaborador el señor Cervino, no necesitan de encomio. Su lectura hace sentir á los sencillos, sentir y admirar á los expertos (que ven sobrepujados con fortuna escollos del arte) y saborear á todos las dulzuras de un género religioso-literario, hoy olvidado y en desuso, como otras cosas buenas, y que nosotros invitamos al señor Cervino á que siga cultivando en la forma popular, breve y delicada, de que es precioso modelo «Tabita.»

### TABITA.

#### NOVELA RELIGIOSA (1)

¡Hija de los cielos! ¡hermana de los ángeles! ¡musa que inspiraste al tierno cantor de Eudoro y Cimodocea! Tú, que moras en las alturas eternas adornada con la brillante estola de la inocencia, desciende á mí en el día de la realización de las misericordias del Altísimo; desciende á mí, como el rocío que llenaba de perlas la rubia cabellera de la esposa en los pensiles de Salomón, como la brisa que encendió lenguas de fuego sobre las frentes de los elegidos de Dios en el Cenáculo santo. No me inicies hoy sino en aquellos de tus misterios encantadores que tengan alguna relación con el inefable misterio de la salud humana, recordado con especialidad en este día por todos los que sintieron bañada su frente con el agua vivificante.

No léjos de la ciudad de David, y hácia la parte por donde el

---

(1) Escrita para jueves Santo.

sol se manifiesta cuando el ángel de la mañana le ha preparado sus brillantes caminos, se veía, diez y ocho siglos hace, una pequeña poblacion que parecia reclinada blandamente en la falda de una graciosa colina. Esta poblacion era Betania; y dijérase que el monte Olivete estaba sosteniendo sobre ella, como un amante para guardar el sueño de su querida, gracioso pabellon de pintadas flores. Tal era el aspecto que formaban los olivos, las palmeras, los sicomoros y abedules de su cumbre, con enlazadas vides y rosales silvestres, proyectando su sombra, á los primeros fulgores del astro rey, sobre la adormida aldea. En ella moraba Tabita; Tabita, ejemplo de la mujer fuerte que el libro de los Proverbios nos describe; Tabita, que mostraba en su frente toda-  
via el sol de la juventud, y sin embargo, en sus mejillas aparecian mustias ya, si no de todo punto agostadas, las rosas de la belleza. Frisaria á duras penas con los seis lustros, y aunque era esposa y madre, el velo de las viudas aprisionaba los rizos de azabache de su luciente cabellera. Sus negros y hermosos ojos estaban avezados á mirar alcielo con la expresion de tristeza indefinible, ó á brillar un momento (como el relámpago que nace en el aquilon, y muere al tiempo mismo en el austro) para dirigirse á lo alto, acompañar hasta allí un suspiro, y cubrirse de lágrimas: sus labios se comprimian de vez en cuando como si quisieran saborear el cáliz de amargura que al parecer apuraba; y su túnica de lino, blanca y sin mancilla, como la cumbre nevada del Carmelo al nacer una de las auroras del *Thebet* (2), flotaba desceñida con gracioso descuido, y dejaba apenas adivinar que cubria un talle flexible y esbelto como las palmas de la Idumea.

¡Pobre flor! el jardinero que debe cultivarla no se cura de ella, ni del capullo lindisimo que á su lado crece: Abed, niño de doce años, que ha apartado de Tabita la ignominia de la esterilidad. Gamul, su padre, háse olvidado de la joya que debió al cielo para ornamento tal vez de su casa, y embriagado con el vino de la distraccion, anda errante, como el jacal por las orillas de los torrentes. Abed há ya dias que no ha recibido una caricia de su padre: Tabita há ya dias que no se ha oido llamar esposa; por eso sus labios se comprimian de vez en cuando, como si quisiera saborear el cáliz de amargura que al parecer apuraba.

¿Qué espíritu del abismo pudo ofuscar la razon de Gamul, y apartarle de la senda de felicidad que su morada le ofrecia, desde que los mancebos y las vírgenes cantaron por siete dias en ella las glorias que le esperaban por sus desposorios con Tabita? ¿Quién le convirtió de tierno amante en desabrido ó indiferente, de natural y sencillo en reservado é hipócrita, de padre solícito en padrastro desamorado, de esposo venturoso de Tabita en esposo que ocasiona sus tristezas? Uno de los mas perniciosos demonios de las profundidades infernales; peor que la ambicion, peor que la vanidad, y el orgullo, y el odio, y el fanatismo, porque es todo junto; el ansia, en fin, de mando público, la *politica*; ese vértigo, esa enfermedad del alma, que le arranca á veces sus mejores afecciones, destruye sus más dulces sentimientos, desvia

(2) Diciembre entre los hebreos.

sus más rectas tendencias, apaga sus goces más vivos. Ella des-  
carró á Gamul, tan feliz con su mujer y su hijo, cuando impru-  
miendo un beso en la frente de los dos, se levantaba con la auro-  
ra para ir á cultivar su campo, envidia de los ricos de Betania:  
ella manchó la túnica de felicidad con que se vió adornada Tabi-  
ta por muchos años, cuando al dorar el sol los romeros de las  
colinas de Thamna, veia llegar al padre de su hijo que le traia la  
primer flor de la primavera; la primer espiga del verano, el raci-  
mo primero del otoño. Pero un dia en que Gamul habia ido á Je-  
rusalen, con ánimo de vender á mercaderes de Tiro las dos más  
hermosas becerrillas de su ganado, encontró al entrar en la ciudad  
por la puerta del Valle de las Aguas dos ancianos que trabaron  
conversacion con él, y le acariciaron y obsequiaron en gran ma-  
nera y por súbita simpatia al parecer, aunque ya le conocian sin  
saberlo él, y disimulándolo ellos, á quienes mezquinos cálculos é  
interesadas miras impulsaban á tan afectuosas demostraciones.  
En resolucion, Gamul volvió á Jerusalem un dia y otro dia, y vió  
á los dos ancianos una vez y otra vez; y entre tanto sintió Tabita  
irse apagando poco á poco la luz de su contentamiento, del mis-  
mo modo que la lámpara de su morada al consumirse el aceite  
que le daba la vida. Hacia tres años que no era dichosa: hacia  
tres años que su marido estaba afiliado en la hipócrita secta de  
los *fariseos*.

En la ocasion á que nos referimos, Gamul habia ido tambien  
á Jerusalem, alegando un pretesto frívolo para abandonar su casa,  
y habiendo prometido á su mujer que volveria en breve por ella  
y por el niño, á fin de concurrir juntos, cumpliendo con la ley,  
á celebrar la Pascua que se acercaba á toda prisa, y comer en  
los átrios del templo de la ciudad santa el misterioso cordero,  
segun las órdenes de Moisés. Era la noche que precedia á la vis-  
pera de la romería indispensable; las vírgenes y los jóvenes de  
Betania habian abandonado la poblacion, acompañados del cim-  
balo y del pandero, á cuyos alegres sonidos mezclaban sus voces,  
entonando los salmos con que Asaph y los hijos de Coré celebra-  
ron las maravillas del Eterno; las madres habian ya salido lle-  
vando á sus hijos de la mano, ó defendiendo á los más pequeñue-  
los de las auras matinales de Marzo, abrigándoles contra el  
pecho, y envolviéndolos con las extremidades de sus mantos; los  
ancianos habian ido en pos, apoyados en sus báculos de cedro;  
y los pastores se habian dirigido á la capital de la Judea saltan-  
do por atajos y vericuetos, como los cabritillos de sus ganadós.  
Desierta apareció Betania; á la indecisa luz de las estrellas que  
tachonaban las alturas del cielo, no se veia ni la sombra más leve  
divagando por sus calles; sólo por entre las celosías de las venta-  
nas de Tabita se escapaban algunos rasgos de una claridad tem-  
blorosa, prontos á desaparecer con los primeros fulgores del alba  
que no podia tardar. En efecto, el primer canto del gallo sacó bien  
pronto á la madre de Abed de la especie de estupor con que ve-  
laba al lado de su adormecido niño, sentada sobre un cogin.

—¡Oh, Dios mio! no puedo mas,—dijo levantándose impa-  
ciente, corriendo á la ventana y abriendo con ímpetu de par en

par las celosías. Miró á un lado y otro, y sin duda que no vió llegar al que esperaba su alma, porque en el instante dejó escapar un suspiro. Paró atentísimo oído por unos momentos, y escuchando sólo muy á lo léjos el cantar de la codorniz madrugadora, comprimió suavemente los labios uno contra otro, levantó los ojos al cielo, llevó en seguida su mano izquierda al corazon como para apretarlo, y con la derecha asió los bordes de su flotante y nevada túnica, y cubrióse el rostro como enjugando una lágrima.

—No, (dijo despues de un ademan de resolucion); no quiero, no puedo, no debo esperar mas. Me engañará como me está engañando hace tanto tiempo; faltará á su promesa de venir para llevarme con ese inocente á la festividad de la Pascua.....; Y yo que he nacido entre las hijas de Sion, faltaré por débiles consideraciones á tan santo deber en tan solemne día! ¿Qué mas hicieran las hijas de los incircuncisos? ¡Oh! no será. Abed, Abed, hijo mio, despierta, levántate.....

Y el niño se levantó radiante de alegría y de belleza, como el lucero de la mañana que aparecia al mismo tiempo sobre la cumbre del monte de las Olivas, trayendo una de las alboradas mas hermosas que suele regalar á la Palestina el equinoccio de las flores.

—¡Hijo mio! ¡mi consuelo!.....¡qué hermoso eres!—dijo la madre recibiéndole en sus brazos, dándole un beso en la frente, y alizándole los blondos rizos de su rubia cabellera, que partida á un lado y otro caia sobre su cuello de alabastro; con mas gracia que los caireles de oro de los pontífices de Israel sobre la blanca túnica, en el día de las festividades del templo.

—¿Y mi padre?—preguntó Abed con inocencia infantil.

Tabita no pudo reprimir otro suspiro, —¿No me dijiste (continué), no me dijiste en la vigilia vespertina, antes de que el sueño cerrase mis párpados, que al despertar le encontraria á mi lado para ir á comer del corderillo escogido y de la lechuga silvestre?

—Sí.....pero tu padre no ha venido.

—¿Quién le detiene?

Tan sencilla interrogacion despertó de pronto y por primera vez en el alma de la esposa de Gamul una sospecha terrible. Faltaba que el pasador de los celos hiriese su corazon; y la súbita palidez que apareció en sus mejillas, y el fulgor que despidieron sus ojos quedando fijos en Abed por unos momentos, indicaban que habia sentido ya las primeras punzadas de tan funesta gubia. Volvióse precipitadamente, tomó una ropa que doblada estaba encima de una mesa de cedro, y entregándosela á su hijo, exclamó con acentos entrecortados:

—Pronto, Abed, pronto..... Vístete esa túnica de lana de Bether que te prepararon mis manos para este dia.....y vámonos.

—¿A dónde?

—A Jerusalem.

—¿Sin esperar?....

—Si, si; sin esperar: alli le encontraremos... alli le sorprenderemos..... alli lo sabremos todo.

Y Abed saltaba por el aposento con alegría infantil, riendo sin poderse contener, desdoblando su flamante vestidura, y diciendo como si hablara consigo mismo:

—Allí le encontraremos, como los hijos de Jacob encontraron á su hermano José en la corte de Faraon....Tú me contaste esa historia, madre mia....

—O como el profeta Natan encontró á David despues de la muerte de Urías, añadió Tabita por lo bajo, y procurando reprimir su agitacion.

—Y me pareceré á Benjamín, cuando reciba las caricias de mi padre despues de ocho dias de ausencia....y.....

Tabita no escuchó mas. Salió del aposento apresurada, ó con designio de tomar algunos óbolos para la súbita partida, ó (lo que creemos mejor) para que su hijo no viera el llanto que la infeliz tenia apremiante necesidad de verter. Abed continuó vistiéndose con indecible contento, su nueva túnica de lana de Bether, y aun no habia acabado de mirar el efecto que hacia sobre su delicado talle, cuando volvió Tabita trayendo un pan (*principio de la vida del hombre* como dice el Eclesiástico) y un tarrillo de miel de Engadi con que lo endulzó, lo entregó á su hijo, y salieron de su casa, y á poco de la preciosa aldea, al mismo tiempo que el sol de las apartadas regiones que acababa de visitar.

¿A quién los compararé cuando descendian de las colinas de Betania, cuando pasaban por debajo de las palmeras, agitadas suavemente por el aura de la mañana, cuando vadeaban el torrente Cedron para entrar en el valle de Josafat, y vencer despues la cuesta de la pomposa Solima? Si la pluma en mi mano fuera como el pincel en las del inspirado artista, pintaria á Tabita como Esquivel nos ha representado á Agar reprochada por Abraham, llevando de la mano á su hijo, y caminando llorosa á la tierra de proscricion; y dibujaria á Abed conducido por su madre y con el pan bajo del brazo, del mismo modo que nos ha hecho ver á Ismael en el precioso lienzo á que aludimos.

Tabita caminaba con una precipitacion tal, que hacia correr á su hijo; pero, cerca ya de la ciudad, paróse de repente viendo el camino cubierto de ramas de palma y oliva, que aun no del todo místicas, indicaban al parecer que pocos dias antes habia hecho su entrada triunfal en Jerusalem algun famoso conquistador. La esposa de Gamul recordó entónces lo que la fama acababa de esparcir por todos los pueblos circunvecinos: le pareció escuchar aún los gritos de entusiasmo del pueblo judío, y el *Hosanna al hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor*; y como herida de súbita inspiracion, empezó á abrazar y á besar á su niño, quien sorprendido con tales demostraciones y rendido con el precipitado viaje, apenas podia respirar ni articular una frase para saber el motivo de tan repentina alegría, cuando Tabita exclamó levantando los ojos al cielo:

—Gracias, Dios de mis padres, gracias. Tú has conducido mis pasos: Tú has tenido compasion de tu sierva: Tú has escuchado el clamor de mi alma: Tú vas á darme la felicidad en este dia. Gracias: bendito seas.

Y acariciando á Abed:

—¿Te acuerdas, hijo mio, prosiguió; te acuerdas que hará un año, cuando sonaban las trompetas anunciando la *neomenia*, viniste conmigo tambien á esa santa ciudad, y recibiste tantas caricias, tantos halagos de aquel enviado de Dios, de aquel profeta, de aquel que decia á las madres con sin igual dulcedumbre: *Dejad que los pequeñuelos vengan á mí?*

Abed miraba fijamente á su madre como procurando recordar, y callaba: Tabita proseguia:

—¿Te acuerdas que curaba á los leprosos, daba vista á los ciegos, oido á los sordos, movimiento á los paralíticos, y vida á los muertos, y alegría á los tristes, y consuelo á pobres, y pan á los hambrientos? ¿te acuerdas?...

—¡El Hijo del hombre! ¡Jesús de Nazareth!

—¡El! ¡El mismo!

—¿Y qué?

—¡Y qué! Hace buenos á los malos, entre los milagros que hace: vuelve al redil la ovejilla descarriada: nos volverá un padre á tí y un esposo á mí.

Su voz es irresistible: su voz detendria el curso del Jordan, arrastraria los montes de la Judea, haria callar al trueno que hubiera empezado á rugir.

El niño principiaba á confundirse.

—Yo le buscaré: yo le veré: yo le diré: *Rabbi*, haz que Gamul torne á ser lo que fué para mí siempre. Señor, dile que se aparte de las vias de la impiedad y no seguirá en ellas. Señor, dáme la felicidad en este día.

Dijo: y tomando otra vez la mano del pequeñuelo, avanzó hácia la ciudad, que muy cerca se mostraba, no ya como Agar cuando marchaba por el desierto, sino como Judith cuando volvia vencedora á Betulia, irradiando en su frente la hermosa luz de la esperanza y del contento. ¡Cuán fácilmente se deja arrastrar el corazon humano por las ideas que le son gratas ó que le prometen consuelos, si, como Tabita, padece! Tan embebecida caminaba ésta, que no vió á un anciano de calva y respetable frente, el cual, con los ojos llorosos, pasó por su lado; ni le oyó exclamar casi al mismo tiempo entre profundos suspiros:—¡Pedro, Pedro! ¿Qué es lo que hiciste? te has cubierto de oprobio: ¡cobarde! ¿Tendrás ahora bastantes lágrimas para llorar tu pecado?... ¡Ah!— Ni reparó tampoco en el terrible estremecimiento con que el mismo anciano vaciló de repente en medio del enramado camino de Betania, como si al canto de un gallo que se escuchó en las cercanías hubiera sido la punta de una flecha clavada de repente y en aquél mismo instante en medio de su corazon. Tabita adelanta algunos pasos más, absorta en sus proyectos y en sus meditaciones, cuando se encuentra ya en la puerta de la ciudad de David. Miró y vió desiertos los bancos de piedra del tribunal en que los ancianos de Israel hacian justicia al pueblo: miró y vió cerradas las tiendas de los artífices, negociadores y comerciantes: miró y no vió á los hijos de Betagla, de Rama, ni de Emaus, que solian vender palomas y corderillos para los dias de los *ácimos*: miró y

solamente se encontraron sus ojos con la adusta faz de un soldado del pretorio, que con brusco ademán, hiriendo el suelo con el cuento de su lanza, y en lengua medio hebrea y medio latina:

—Adelante, dijo: adelante. No es permitido pararse hoy, ni esperar, ni observar...

—Pero, ¿qué sucede?

—¡Adelante, hebrea! ó juro por los dioses del imperio, y por el mismo Hércules...

Antes de que el soldado romano acabase de hablar, estaban ya distantes de él la madre y el hijo, asustado y temeroso éste, sorprendida aquélla, que no había entendido más que las dos primeras palabras del guerrero. Principiaron á caminar por las calles de la ciudad, con ánimo de dirigirse á los átrios del templo, donde Tabita esperaba encontrar entonces á Gamul ó cuando ménos á María la de Magdalo, amiga íntima del profeta de quien tanto esperaba nuestra heroína, la cual había trabado alguna amistad con aquella pocos días ántes en Betania, donde supo lo que en casa de Simon *el leproso* había hecho la Magdalena con Jesus. Pero al cruzar las calles desiertas, al ver cerradas las casas, que por costumbre y ley debían en aquellos días estar francas para todo forastero judío, Tabita añadió una zozobra más á las zozobras de su espíritu, y principió á temblar como la hoja en el árbol. Llegaba ya á la vía de los Caballos é iba á subir la cuesta del templo, cuando una súbita gritaría que se escuchó hácia Occidente, le indicó que toda Jerusalem se encontraba en los átrios del *Gabatha*, ó palacio del pretorio, y dirigióse por la calle de Benjamin. A poco sintió gente que llegaba corriendo, apartóse á un lado con Abed, y dejó pasar una turba armada con palos, y en la más completa embriaguez, según coligió por las cortadas palabras que pudieron llegar á sus oídos.

—El vino me ha vuelto las fuerzas que agoté azotando al rey de farsa ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

—Corramos, que ya debe ir á morir...

—Pero ¡qué! nadie tan decidido como Gamul el de Betania.

—Gamul es el más digno fariseo.....

—¡Hosanna á Gamul!

Indescribible es el estado en que quedó Tabita cuando pasó aquella gente desalmada. Ya no podía dudar: su esposo estaba con ellos; su esposo era uno de sus jefes; su esposo, beodo también, se había olvidado de ella y de su hijo, y.... ¡pobre corazón humano! Tabita se alegraba de que solo el vino hubiera sido causa de la indiferencia de Gamul. ¡Pobre Tabita! Maquinalmente siguió las huellas de los alborotadores, y al desembocar de una calle, encontró la inmensa multitud de Jerusalem que se estrechaba, se empujaba, se comprimía, cedía ó avanzaba como las olas del mar en un día de tormenta. Tabita iba á preguntar á unos samaritanos que estaban á su lado; pero una oleada de la multitud la apartó de aquel sitio juntamente con Abed, y no le dejó que hablase. De repente mira alzarse tremebundo clamoreo; ve que todas las frentes se vuelven hácia el punto mismo, como las ramas de los sauces impelidas por el viento del Me-

diodia; oye el ronco sonido de las trompas, mezclado con las imprecaciones y blasfemias de los más, con los suspiros de los mé- nos, con los gritos de casi todos; distingue los estandartes del imperio, las águilas de las legiones, las picas de los soldados, los palos de los judíos dementes; y sin saber dónde estaba, ni si lo que veía era ensueño, se dirige á tres ó cuatro doncellas que la casualidad habia puesto á su lado, y les dice:

—¡Virgenes de Sion! yo os conjuro por lo que más queráis: ¿qué es esto?

—¡Mirad al infeliz, mirad como le llevan.... á morir!....

Y mostrando con el dedo al *Hijo del Hombre*, del que apenas quedaba la figura, y que ensangrentado, coronado de espinas, jadeando, herido, escarnecido, martirizado, llegaba en medio de todo aquel aparato diabólico, conduciendo sobre sus hombros la pesada cruz en que debia espirar;

—¡Mi esperanza!....—clamó Tabita.

—¡Desgraciado! dijeron sus compañeras. Y una y otras empezaron á llorar amargamente. Jesús las vió, y derramando sobre ellas con una mirada inefable toda la caridad que no pudieran abrigar las legiones reunidas de los mismos ángeles del Señor, les dirigió la voz, aquella voz á cuyos ecos se inflamó el sol en los espacios de la inmensidad; mugieron las olas del mar sin traspasar su débil valla de arena; se vistió la tierra su hermoso manto de flores, como una esposa para aguardar á su esposo; y las avecillas cantaron, y saltaron los cabritillos, y el hombre sintió latir su corazón, y levantó su frente coronada de resplandores por la primera vez como rey de la naturaleza. ¡Bondad divina! Aquella voz que habia dicho á Lázaro, enterrado de tres dias, *levántate*; y á cuyos ecos se habia Lázaro levantado; aquella voz que hubiera podido disipar los verdugos, como el huracán las más livianas aristas, sonaba solo para derramar consuelos, diciendo á Tabita y á las que estaban á su lado:

—Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí: llorad por vosotras mismas, y por vuestros hijos.

—Pero ¡Dios mio! ¿qué es lo que ha visto Tabita, que de repente se han secado las lágrimas de sus ojos, ha abandonado la mano de su hijo, ha lanzado un grito de dolor, venciendo los gritos de rabia y de maldición de los judíos, y ha caido desmayada en brazos de las doncellas? ¡Oh! ya ha visto, ya ha encontrado á su esposo: un fariseo cubierto de polvo, bañado en sudor, manchado con la sangre del justo, blasfemando, maldiciendo, tirando con toda su fuerza de las cuerdas con que iba atado el Santo de Israel, es Gamul, Gamul el de Betania, Gamul consorte de Tabita y padre de Abed, Gamul, ébrio de vino, de iniquidad y de coraje.

Cuando la infeliz israelita volvió en sí, merced á los cuidados de las *hijas de Jerusalem* que no la habian abandonado, ya estaba la calle enteramente desierta, habia pasado la infernal comitiva, y solo se escuchaba un confuso rumor, como si estuviera cercano el mar; y mugiesen las olas despues de una deshecha borrasca. Abed lloraba y decia:

—Madre, despierta, despiértate.

Y Tabita abrió los ojos desencajados, abrazó á su hijo sin deramar una lágrima, mostró su gratitud á las piadosas mujeres inclinando la cabeza, y les dió á entender por señas que ya no necesitaba su socorro; estas partieron, Tabita no sabia qué hacer, no podia pensar, estaba tambien embriagada, pero de dolor, pero con el vino de la tribulacion, cuya copa no se apartaba de sus lábios. De repente cree que le falta la luz de sus ojos, pasa la mano por ellos, mas no estaba en ellos la causa. Seria como la *hora nona*, y el sol se apaga: la luna se muestra en el cielo como un ancho escudo de sangre; la tierra tiembla, las piedras se chocan, rásgase el velo del templo; huyen graznando las aves de las tinieblas, ladran los jacales, el orbe vacila, bramán los truenos, estallan los sepulcros, la creacion se hunde..... ¡EL DIOS QUE SE HIZO HOMBRE ACABA DE MORIR CRUCIFICADO!!

Tabita iba á desmayarse otra vez; Abed habia escondido la frente en el regazo de su madre, cuando de entre un grupo de foragidos que volvía del *Golgotha*, riñendo desafortadamente sobre la legalidad de una suerte echada para la adjudicacion de una *túnica inconsútil*, partió quejido de muerte. Un samaritano acababa de matar á un fariseo en medio de la disputa. Tabita habia escuchado el último suspiro y la postrera imprecacion de Gamul.

¡Oh desgraciada, mil veces desgraciada Tabita! ¿Moriria tambien de dolor y desesperacion? No, no; ella habia pedido al Señor *la felicidad en aquel dia*, y el Señor habia escuchado su plegaria: ella habia exclamado al ver á Jesus: «*¡Mi esperanza!*» y no se pudo engañar. JESUCRISTO habiale dirigido la palabra en el dia de la redencion, y un rayo de la gracia divina bajaría con los ecos de aquella palabra hasta el corazon de Tabita. ¿Abrazaría la religion de los tristes y de los que lloran? Hay quien cree que trasladó á Jope su residencia; y no sabemos si seria esta misma Tabita la viuda cristiana que San Pedro resucitó yendo á Lidia como leemos en los *Hechos de los Apóstoles*. Lo que aseguramos es que Tabita fué cristiana: de otro modo no hubiera resistido sus males: hubiera muerto ó se hubiera vuelto loca.

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

**Movimiento religioso en Alemania.** Los diarios alemanes han emprendido rudos ataques contra la mujer católica, que consideran como instrumento de los enemigos de Alemania. Esa oposicion hace grande honor á los católicos porque da á conocer en su despecho los grandes progresos que viene haciendo el catolicismo en Alemania. La *Gaceta de Spener*, que es uno de los periódicos que más se distinguen en ella, dice que en Baviera, desde el advenimiento de Maximiliano I, el número de conventos ha aumentado de siete á 595, de los cuales 500 admiten pensionistas del sexo femenino. Al paso que en tiempo de Luis I sólo se fundaban siete conventos por año, bajo el reinado de Maximiliano II se establecieron 17 por año, y en tiempo de Luis II, 19. En 1841 esos conventos contaban 256 monjes y 716 religiosas; en 1872, 1,233 monjes y 5,031 religiosas.

El citado periódico añade que en los demás países alemanes la proporción debe ser la misma.

La mayor parte de los conventos de mujeres tienen por objeto la educación de niñas.

Los conventos de religiosas, no sólo tienen pensionistas, sino que en casi todas partes las municipalidades les han confiado las escuelas primarias.

Estos datos son el más cumplido elogio del celo de los católicos de uno y otro sexo en Alemania, y revelan al mismo tiempo cómo vive y crece y se desarrolla y agiganta en medio de las contrariedades y persecuciones esa Iglesia de los creyentes, que con su mirada en el cielo y los pies en la tierra lleva en custodia el área santa de los destinos de la humanidad. ¿Cuándo llegarán a convencerse los poderes que presinen de sábios y de fuertes, de que ni las persecuciones ni los martirios pueden nada contra la religión de los *mártires*?

---

**Protesta en Inglaterra contra las persecuciones al clero católico en Alemania.** Sabido es el proceder del gobierno prusiano en los negocios de la Iglesia católica. ¡Guerra y persecución! esta es su norma. Era de esperar; y *mucho* erraron los *muchos* que hicieron votos por la derrota de Francia en su última guerra con Alemania, creyendo que el catolicismo alcanzaria ventajas con ello.

El arzobispo de Posen, monseñor Ledochowski se halla en Ostrowo cumpliendo el tiempo de prisión á que ha sido sentenciado. El digno prelado ha obtenido autorizacion únicamente para comer por su cuenta, tener luz en su cuarto, leer los periódicos y recibir la visita del capellan de la cárcel. Por lo demás, monseñor Ledochowski se halla sometido al régimen prescrito por el reglamento de 24 de Octubre de 1839 relativo á las prisiones.

Siguen las leyes y disposiciones vejatorias y tiránicas contra personas y cosas eclesiásticas. Y en todo se revela, incluso en las soberbias é injustas pretensiones diplomáticas, el propósito del orgulloso imperio alemán, por su esencia protestante, de humillar y combatir á los católicos en toda Europa. En tal empresa halló un aliado, la Suiza.

Pero nada más grandioso y consolador á la vez que el gran *meeting* que los católicos han celebrado en Lóndres bajo la presidencia del duque de Norfolk y del arzobispo de Westminster, segun la descripción hecha por los periódicos ingleses. Todas las ciudades de Inglaterra é Irlanda han enviado sus diputaciones; y el entusiasmo de la inmensa concurrencia era increíble, encontrándose entre los concurrentes los nombres más ilustres de la antigua aristocracia británica. Telégramas recibidos de todas partes del continente, de Alemania, Bélgica, Austria, España y sobre todo de Italia, llevaron adhesiones á las resoluciones de la reunion. Estas, despues de elocuentísimos discursos, fueron votadas por unanimidad, expresando las mas profundas simpatías hácia los católicos alemanes víctimas de la política germánica. Varios oradores declararon que jamás ningún verdadero inglés amante de la libertad se asociaría á ningun género de persecucion religiosa. La reunion tuvo un verdadero carácter nacional, que hará grande impresion en Alemania. El nombre de Bismark

fué silbado con estrépito. Lord Howard hizo votar una resolución declarando que las leyes religiosas votadas en Alemania impidiendo á la Iglesia ejercer libremente sus funciones espirituales. eran contrarias á los derechos de la conciencia. Los acuerdos han sido comunicados á los arzobispos de Posen y de Colonia.

Así la desatentada y sañuda política del canciller alemán y del imperio suscita por do quiera esorbos á sus ambiciosos planes y ardiente entusiasmo en favor de la religion perseguida.

---

**Beneficencia en Barcelona.** Ha dado á luz la actual Junta de Gobierno de la Casa provincial de Caridad de Barcelona la Memoria sobre la direccion y administracion de este benéfico asilo en los dos años económicos anteriores en que ha estado á su cargo. Interesante es la lectura de las páginas que contiene, y los curiosísimos datos que en ellas se encuentran hacen á la citada Junta merecedora de pública gratitud. El diario de aquella ciudad hace un extracto y recomendacion de ella,

Describe menudamente la Memoria á que nos referimos las variaciones que la Junta de Gobierno actual ha introducido en el régimen interior de la Casa de Caridad; dá cuenta de las obras y mejoras que se han realizado, entre las que ocupa un lugar preferente la restauracion de la iglesia costada con el importe de una limosna hecha con aquel especial objeto; expone la marcha económica del establecimiento durante los períodos de 1871-72 y 1872-73; habla de las industrias y talleres que en él se han creado y de los resultados que hasta ahora han producido; y completa estos y otros capítulos con distintos estados sobre movimiento é inversion de fondos, víveres, vestuarios de funciones, etc. etc.

Deteniéndonos especialmente en la parte económica de la Memoria, es justo consignar las ventajas que para la Provincia ha logrado la Junta de Gobierno. Los presupuestos anteriores al de 1871-72, dice, se habian cerrado con déficit, ya que en el de 1868-69 habia tenido que abonar la provincia 14.090 escudos; en el de 1869-70, 18.000 escudos, y 28.000 en el de 1870-71. La Junta se propuso conseguir que la Casa pudiera vivir de sus propios recursos; las circunstancias la favorecieron para alcanzarlo, y al cerrarse definitivamente los pagos del presupuesto de 1871-72 tenia un sobrante de 51.493 pesetas 91 céntimos en metálico y de 26.004 pesetas 64 céntimos en créditos vencidos, cantidades que se calcula habian de ascender á 54.000 pesetas y 30.000 pesetas respectivamente al cerrarse el presupuesto de 1872-73 en 31 de Diciembre último.

Los capítulos más importantes que en su presupuesto de ingresos cuenta la Casa Provincial de Caridad son los de rifas, donaciones y legados y coches fúnebres. Las rifas dieron en los dos años económicos anteriores al presente la cantidad de 690.533'42 pesetas; las donaciones y legados se elevaron á 54.062'02 pesetas; y por coches fúnebres se recaudaron 90.158'78 pesetas. Esta última partida, parece que deberia abonarla la Diputación provincial al Ayuntamiento. En la época en que la Casa de Caridad tenia simplemente carácter municipal era lógico que el Ayuntamiento cediese para atender á sus

cuantiosos gastos uno de sus más productivos arbitrios. Convertido despues en asilo provincial de beneficencia, no hay razon alguna para la cesion por parte del Municipio de Barcelona de derechos que montan todos los años crecidísimas sumas, recayendo por lo mismo sobre nuestra capital el pago en una importantísima parte de un gasto que por su carácter ha de ser satisfecho por todos los municipios de la provincia. Este abóno hecho por la Diputacion descargaria en una cantidad sensible el presupuesto de Barcelona.

El taller de imprenta, la fábrica de pastas para sopa, la oficina de farmacia y los telares mecánicos planteados en el establecimiento por la actual Junta han dejado tambien beneficios, segun los cálculos que pueden verse en el estado número 5. Del buen éxito que ha dado el taller de imprenta es evidente testimonio la Memoria en que nos ocupamos, impresa en él con pulcritud digna de elogio.

La Junta de la Casa de Caridad hace votos para que nuestras disensiones políticas no traspasen los umbrales de aquellos santos asilos, á fin de que todos puedan ocuparse en los medios de amparar y de socorrer á los desvalidos, en cuyo deseo no podrán ménos de acompañarla todas las personas de rectos sentimientos.

---

**Patriotismo frances.** El GAULOIS de Paris dice que, luego que esté reconstruida la columna de la plaza de Vendôme, volverá á ser colocada sobre ella la misma estatua de Napoleon I, que fué inaugurada por el gobierno de Luis Felipe.

Gran nacion, que restaura sus glorias sin acepcion de partidos! ¡Tristes de aquéllas en que se piensa tan solo en destruir siempre, sin que nadie sepa reedificar! La embriaguez de los criminales comunistas parisienses, instigados en secreto por la calculada astucia germánica en momentos de confusion horrible, llevó hasta derribar los monumentos de gloria nacional, como en ofrenda impía á los mismos enemigos que hollaban y oprimian y destrozaban la patria. Al levantarse la patria de su gran caida, levanta y restaura sus monumentos, para que no parezca que ni por un instante siquiera consiente ni apadrina la obra ignominiosa de la locura de sus espúreos hijos y de la saña de sus crueles enemigos. Y no importa cuál sea la estátua erigida ó la memoria santificada, y cuáles los gobiernos restauradores. Thiers hizo lo que hoy hace Mac-Mahon; y á la columna de Vendôme se rinde respeto; á la vez que á la Capilla expiatoria de Luis XVI.

---

**LA HOJA POPULAR.** Con este número de la Revista se publica el 19 de *La Hoja popular* (que repartimos gratis), de la cual recibirán dos ejemplares cada uno de nuestros suscritores. Rogamos á todos que propaguen su lectura por cuantos medios juzguen oportunos entre todas las clases, y en especial las trabajadoras, de la sociedad.

Los propietarios que tengan numerosos dependientes, los dueños y directores de fábricas y talleres, y los de explotaciones mineras ó agrícolas, los profesores de enseñanza, los párrocos, las autoridades locales, los padres de familia, pueden hacer el pedido que gusten de estas *Hojas populares*, las cuales les serán remitidas, gratis tambien, para que contribuyan á los nobles y benéficos fines de su publicacion, que continuará en adelante en los periodos y forma convenientes.

Así se ven confirmados con hechos expresivos los ofrecimientos de «La Defensa de la Sociedad.»

---